

ESTUDIOS

AÑO II | SANTIAGO DE CHILE | NUM. 13

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
- SECCION: -
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

A NUESTROS LECTORES	1
LA EXPECTATIVA DEL REINO UNIVERSAL DE CRISTO, por Ricardo Salas Edwards	2
"¡AIRE! ¡AIRE!", por Paul Morand	13
"LA FORMACION DE LAS MADRES Y LA EDU- CACION RELIGIOSA DE LOS HIJOS", por Sara Izquierdo de Philippi	16
EL MOVIMIENTO LITURGICO EN EUROPA, por Luisa Joerissen	21
EL CONCORDATO DEL REICH ALEMAN, por el Dr. José Massarette	27
MAURICIO DE LA TAILLE, por Julio Jiménez . . .	32
DEL PENSAMIENTO CATOLICO Y SU MISION, por Jacques Maritain	38

ESTUDIOS

PUBLICACION DEL
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE
AHUMADA 360 - CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Noviembre - Diciembre de 1933

Núm. 13

A nuestros lectores

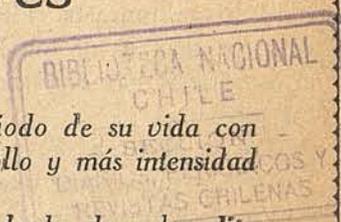
La revista "Estudios" entra hoy en un nuevo período de su vida con elementos de toda especie que permitirán mayor desarrollo y más intensidad en la prosecución de los fines para que fué fundada.

Un Comité Directivo designado por el grupo que desde ahora la edita tiene a su cargo todo lo relativo a su redacción y administración. Este Comité está formado por los señores Ricardo Salas Edwards, Carlos Silva Vildósola y presbítero don Manuel Larráin Errázuriz, con el señor don Jaime Eyzaguirre como Secretario de Redacción.

La nueva Dirección pondrá el mayor celo para obtener que la revista corresponda en su parte intelectual y material al carácter de un órgano del pensamiento católico en Chile, tanto en sus secciones propiamente nacionales, confiadas a escritores de reconocida autoridad, como a la información extranjera que desea muy completa. Nuestra aspiración será presentar un cuadro del movimiento de hechos y de ideas del mundo católico, de suerte que podamos agrupar en sus páginas la exposición de todas las cuestiones capitales que interesan a la ideología católica, a la defensa de sus principios fundamentales y la aplicación de ellos a la vida práctica.

Cumplimos un deber de justicia al dejar testimonio del laudable y generoso esfuerzo hecho por el señor don Carlos Saffer, Presidente de la Sociedad Católica Alemana de Santiago, para mantener la revista y asegurar su progreso. Cuantos se interesan por tener en nuestro país un órgano de esta clase deben al señor Saffer una profunda gratitud. Igualmente tenemos que agradecer al Centro de Estudios Religiosos, fundador de la Revista, el empeñoso afán desplegado hasta ahora para publicarla.

Confiamos en que nuestros lectores recompensarán con su concurso nuestra labor, seguros de que, conscientes de las dificultades que presenta en Chile una publicación de esta especie, no omitiremos sacrificio alguno a fin de mejorarla cada día y hacer que corresponda mas y mas al ideal que nos hemos propuesto.



Ricardo Salas Edwards

La expectativa del Reino Universal de Cristo

El cristiano que anhela la felicidad de sus semejantes se pregunta siempre si llegará o nó una época en que brille esplendorosa ante la conciencia de todos los pueblos de la tierra la luz del Evangelio, una era en que las direcciones intelectuales y gubernativas de cada nación se inspiren directamente en las doctrinas de Cristo.

Y talvez nunca ha sido más necesario que en estos tiempos de tan honda crisis social, el estudiar si hay fundamentos para abrigar tal esperanza.

Tal es el tema del presente estudio.

Opinan unos pocos que la Iglesia de Cristo vivirá siempre, como hoy día, en alternativas de persecución, de triunfo, o de simple tolerancia en las diversas naciones de la tierra; creen otros, por la inversa que su divino fundador la hará al fin reinar universal e intensamente en todas las regiones habitadas del planeta y son muchos los que han sostenido que la humanidad ya ha visto, en cierto modo, realizado este triunfo terrestre del cristianismo que muchos esperan.

Corresponde pues ante todo conocer la actual situación del mundo en materia religiosa.

Es una cuestión de hecho y hay que tratarla previamente.

En seguida indicaremos las interpretaciones teológicas divergentes que se han dado a las profecías relativas a la naturaleza de ese triunfo y por último, en busca de orientaciones fijas, recordaremos los anuncios bíblicos, las palabras de Nuestro Señor y las directivas pontificias de estos últimos tiempos sobre ello.

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS EN EL UNIVERSO

La cuestión de la relativa extensión de la luz y de las tinieblas religiosas en la tierra fué estudiado especialmente en la Semana de la Acción Católica celebrada hace cuatro años

en Roma, en honor del actual Pontífice que, entre sus diversas obras en favor de la religión, cuenta el impulso dado a las misiones.

Mons. Carminati expuso en aquellas sesiones que la población del mundo según las estadísticas internacionales de La Haya, era de 1,894 millones de hombres y podía distribuirse, de acuerdo con Street-Bertini en su obra "Lux in tenebris", en la siguiente forma:

Católicos	105 millones
Protestantes	220 "
Cismáticos	158 "
Judíos	13 "
Infieles	1,198 "

Esta distribución es casi idéntica a la que figura en las más autorizadas estadísticas modernas publicadas en París y en Viena y que hemos consultado por nuestra parte.

Resulta de ello que según los censos del mundo, a lo más, un 36 por ciento de los hombres reconocen o declaran reconocer como Dios a Cristo y debe advertirse que para formar esta cifra de cristianos se ha sumado a los católicos con los adeptos de todas las iglesias cristianas cismáticas y protestantes y no se ha exceptuado, por cierto, a las naciones que llamándose católicas, restringen por la fuerza gubernativa el sacerdocio, limitan sus iglesias, destierran de las escuelas fiscales el crucifijo y la enseñanza de la religión y aún propagan indirectamente en ellas el ateísmo. Así ha formado la estadística este 36 por ciento de cristianos. El resto de los hombres, esto es la inmensa mayoría de la humanidad, no cree en Cristo Dios o no le conoce aún.

En cuanto a los católicos que somos aproximadamente sólo el 16 y medio por ciento de la población del globo, debemos advertir que iremos bajando de la proporción indicada, como observa el jesuita Charles (1), si

(1) Les Dossiers de l'Aucam. Lovaina, 1928.

no recibe un impulso extraordinario la conversión de los países infieles cuyas poblaciones se incrementan hoy, por ley natural, en mayor número que los que se convierten.

Nadie podría decir, pues, que hoy día reina espiritual y universalmente Cristo en las naciones del orbe, a pesar de que los grandes núcleos de cristianos se hallan entre los países de mayor civilización y de que el número de creyentes, tomando en conjunto todo el orbe de la tierra, es ahora algo mayor, absoluta y relativamente hablando, nótese bien, que en cualquiera otra época de la historia.

Es cierto también que por una influencia refleja del cristianismo, las relaciones privadas entre los hombres son menos duras que en los anteriores siglos, dentro del recinto de cada país, aún de los paganos; pero los conflictos colectivos entre nación y nación siguen siendo tan crueles como en el pasado.

Y para convencerse de que no ha llegado aún el reinado de Cristo a la tierra, basta recordar que ni las iglesias cristianas se han unificado bajo un solo pastor, ni el pueblo judío se ha convertido, como está predicho en las Sagradas Letras; y que entre tanto es un hecho que sólo una pequeña minoría de los pobladores del globo ha sido siempre la que ha adorado a su Redentor y por fin que en varias de las importantes naciones que hoy dicen reconocer a Cristo, el Estado prácticamente contrarresta, como hemos dicho, la expansión y aplicación de sus doctrinas.

Si alguna duda cupiera acerca de nuestras apreciaciones sobre el verdadero estado religioso de la humanidad, nos bastaría recordar la palabra de los Pontífices; la de León XIII, entre otros, que denunció insistentemente lo que él llamaba el ateísmo práctico de los estados cristianos y la del Papa reinante que, aunque ha podido remediar con intrépida fé muchos males, no deja de condolerse del desprecio que de la doctrina de Dios hacen tantos gobiernos en sus leyes, en la educación de la juventud, etc.

Recordando el deber de la Iglesia, lamentase Pío XI especialmente, con desgarradoras palabras, de que la mayoría de la humanidad no conozca aún la muerte redentora

del hijo de Dios y cree escuchar el Pontífice, a este respecto, una voz divina que exita su celo. "Al considerar, dice, que los paganos son todavía alrededor de mil millones de almas, se angustia nuestro espíritu y nos parece que un mandato interior nos intima al oído: "Clama, no te des descanso, haz resonar tu voz como trompeta".

Son las palabras con que Gehobá excitaba el celo de Isaías, el gran profeta del Reino de Dios.

Terminaremos estos datos recordando, con Mons. Carminati, que están muriendo hoy en el mundo 90 mil infieles diariamente sin recibir el bautismo, de Cristo.

Estos hechos y estas cifras que hemos querido dar como antecedentes de nuestro estudio, si bien bastan para decir que no ha llegado aún el triunfo que algunos teólogos del pasado creyeron ver, no prueban en manera alguna que ese triunfo no llegará, ni prueban siquiera que esté lejano. Sólo demuestran cuan extraordinaria y maravillosa ha de ser un día la intervención del amor de Cristo en favor de la humanidad para realizar lo que con certeza absoluta tiene Dios prometido en los libros santos.

LAS INTERPRETACIONES BIBLICAS AL TRAVES DE LA HISTORIA

Doctrina de los primeros Padres de la Iglesia

La generalidad de los padres de la Iglesia de los primeros siglos, entre ellos San Justino, San Irineo, San Hipólito, Tertuliano y otros que pudieron recibir alguna tradición oral, aunque remota, de los Apóstoles, interpretaban los dictados de los antiguos profetas y en especial los de San Juan en el Apocalipsis como una promesa cierta de una segunda venida de N. S. Jesucristo y de sus Santos resucitados a la tierra para sojuzgar el error y completar y universalizar la obra de la Redención, venida de la cual sacaría debido fruto toda la humanidad durante muy largos años o siglos que es la época que des-

pués se ha denominado el triunfo milenarío de la nueva y gloriosa Jerusalem.

San Ireneo decía: "Juan, discípulo del Señor, ha contemplado en el Apocalipsis el advenimiento sacerdotal y glorioso del Reino de Cristo". Tal fué entonces la doctrina predominante. El espíritu infernal encadenado dejaría de actuar sobre los hombres y el Redentor y sus santos dominarían espiritualmente al universo por mil años, como dice el Apostol.

Conocida es la exclamación de "Maranatha Maranatha" con que los primitivos cristianos acentuaban su fé en la venida y en la vuelta del Señor.

San Agustín profesó públicamente tales esperanzas, en una de sus cartas episcopales, pero en un capítulo de su obra monumental, "Civitate Dei" a que consagró los últimos años de su vida, quiso refutar, a principios del siglo V, sus anteriores opiniones y expuso extensamente su doctrina definitiva.

Según esta no deben tomarse a la letra las promesas alegóricas de un triunfo espiritual terrestre dadas por los antiguos profetas y por el Apocalipsis y debe entenderse que ellas se refieren principalmente a la gloria celestial. Para San Agustín el llamado milenio espiritual o reino de Cristo en el mundo que anuncian los libros santos, empezó con la Redención que dejó encadenado, desde entonces, al demonio para que no se sedujera a las naciones predestinadas.

La universalidad predicha para la fé cristiana en el salmo 21 en que se anuncia que se prosternarán ante el Señor "todos los pueblos de la tierra", la ve, no consumada, pero sí en vías de realizarse ya en el siglo V; éstas pomesas, dice "se están cumpliendo ante nuestros ojos, el mundo es testigo de ello". Se explica esta piadosa ilusión de aquella lumbra en una época de tan insuficientes conocimientos geográficos. Se ignoraba en realidad en el año 427 de esta era el trascendental alcance de la vieja dispersión de la humanidad en toda la tierra. Desgraciadamente en análogo error de hecho se ha incurrido en la época moderna, según veremos más adelante.

Es de advertir que San Agustín y su con-

temporáneo el gran San Gerónimo, que no difería mucha de sus opiniones, no condenaban por cierto, a los que sostenían la doctrina adversa de un prolongado reino espiritual futuro de Cristo visible y de sus santos en la universalidad de la tierra de acuerdo con la opinión hasta entonces dominante; "no la podemos condenar, decía San Gerónimo, porque una multitud de mártires y de santos así lo han dicho". (Comentario a Jeremías). Pe- el hecho es que desde entonces y hasta hace poco tiempo fué la opinión agustiniana la que prevaleció casi uniformemente en la conciencia de los teólogos y de los creyentes durante muy largos siglos.

Opiniones teológicas hasta fines del siglo XIX

Desde San Agustín se abandonó la creencia en una nueva y prolongada venida de Cristo. Fueron contadísimos los teólogos que desde el siglo V hasta fines del siglo XIX sostuvieron tal esperanza. Y fué abandonada prácticamente, sin que los Papas, ni los concilios la rechazaran jamás, pues el P. Lacunza, que figuraba en ese cortísimo número, casi es innecesario advertir que fué colocado en al Índice sobre todo por el temor velado y antojadizo que manifestaba de que la jerarquía de la Iglesia olvidara a Cristo en los últimos tiempos.

En cuanto a la simple idea de una dominación del cristianismo en todo el universo (sin la presencia visible de Cristo) se fué retro trayendo implícitamente en cada época, de siglo en siglo, la situación interpretativa en que se había colocado San Agustín, esto es que el profetizado reinado o milenio espiritual atenuado era el que estaba viviendo en cada momento el cristianismo.

Se descubrieron nuevos pueblos bárbaros y nuevos continentes que San Agustín no conoció; la Iglesia se lanzaba a conquistar arduosamente entre esos paganos mayores fieles para Cristo, mientras simultáneamente se veía, con dolor, como surgía numeroso y potente el mahometismo y cómo se separaban después de la jurisdicción de la cátedra de Pedro y abandonaban en parte sus doctrinas, al

través de las edades, viejas y pobladas naciones cristianas del Oriente y del Occidente. En medio de estos hechos, la generalidad de los creyentes no tomó a la letra rigurosamente universalidad y la unidad predicha para la fé en la tierra según la Biblia o las miraron como muy remotas. La gran mayoría de los comentadores que abordaban el tema en forma esporádica o incidental, se inclinaron también a sostener con San Agustín que, para interpretar en sentido literal las profecías milenarias, debía colocarse, no en este mundo sino en los cielos, la Jerusalén triunfante prometida.

Puede considerarse como una de las excepciones a las ideas entonces dominantes, la doctrina formulada en el siglo XVII por el hoy Venerable Holzhauser, según la cual debía esperarse como cosa ciertísima, de acuerdo con las Sagradas Escrituras, una hermosa época de manifiesto y glorioso triunfo del cristianismo en toda la tierra, cuyas características extraordinarias estaban descritas en las escrituras mismas; pero su obra quedó inconclusa y sólo fué divulgada en años muy posteriores sin que las conciencias religiosas se se apasionaran ni en pro ni en contra de esa tesis.

En los comienzos de ese mismo siglo XVII, que es el menos infecundo de ese tiempo, el jesuita Alcazar y cerca de 80 años después, Bossuet, había sostenido, por el contrario, que el triunfo pronosticado al través de las alegorías del Apocalipsis último libro de la Biblia, era el viejo triunfo sobre la Sinagoga y la Roma de los Césares, ya realizado en los primeros siglos; pero nada que se asemejara al milenio futuro del Venerable Holzhauser, ni al que antes habían diseñado, con atrevida fantasía, dos escritores de la Edad Media.

Y la realidad es que éstas y otras interpretaciones, estimadas como de corto alcance moral para los contemporáneos y emitidas con intervalos de siglos, no despertaron interés fuera de ciertas aulas de estudios.

Tal es la historia de esta creencia considerada solamente hasta fines del siglo XIX.

Se diría que en los designios de la Divina providencia hubo el propósito de dejar acen-

tuarse claramente, en medio de las terribles persecuciones de la primera época del cristianismo la primitiva doctrina de un glorioso triunfo espiritual terrestre de carácter universal, presidido aún por Jesucristo y el dejar que, por sí sola, se velara después esta creencia durante larguísimos siglos y permaneciera apagada hasta los días en que su Providencia creyera útil para bien de la humanidad, el hacerla renacer.

Opiniones teológicas contemporáneas

Pues bien, todo permitiría indicar que va llegando esta hora que acabamos últimamente de insinuar.

Después de aquel larguísimo pasar de catorce siglos de adormecimiento de dichas creencias, se observa desde hace algunos años que el viejo y sepultado tema viene despertando un interés que va lentamente creciendo tanto en la Iglesia Católica como entre los escritores protestantes, lo que es cosa digna de notarse. Se vé que la presente generación busca con sincero y piadoso espíritu la interpretación de las promesas de Dios. ,

Y en medio del profundo desquiciamiento que está amenazando a la humanidad han venido surgiendo en el seno de los Iglesia Católica durante el tercio corrido de este siglo, al lado de las opiniones adversas todavía predominantes, manifestaciones autorizadas de diverso orden en favor de la primitiva esperanza en un futuro y prolongado reinado de las doctrinas de Cristo en todos los pueblos y regiones del globo.

Tal real era este movimiento al iniciarse el siglo en que vivimos, que un teólogo de fama, el jesuita Billot, de la escuela agustiniiana, creyó necesario recalcar con disgusto el hecho de que algunos teólogos católicos contemporáneos estuvieran renovando las viejas doctrinas milenarias, lo que él consideraba "bastante temerario". (1), expresión que revelaba al menos, su sorpresa ante el inesperado renacer de las creencias cristianas de los primeros siglos.

Y fué en vano que muchos años más tarde, y siendo Billot Cardenal, al publicar una

(1) *Quaestionis de Novissimis*, 1903.

serie de interesantes artículos sobre "La Pa-rousie" (1917-19), tratara de refutar con ingenio y singular ardor estas doctrinas que jamás la Iglesia había rechazado, pues nuevos teólogos de la más insospechable ortodoxia han entrado a sostenerlas y en obras sometidas a la especial censura de Roma. En la Revue Apologetique de aquella época (1921), se llegó a decir que la exégesis de Billot sobre este punto especial era inaceptable.

El trabajo del respetable Cardenal, muerto hace poco, tenía en efecto algunas características que no podían menos de suscitar contradicción. El no colocaba el milenio espiritual o reinado universal de la fé en el porvenir, ni lo veía en marcha en el presente, como tantos otros, sino que, sin darle caracteres especiales, lo estimaba ya como realizado y concluído hace tiempo. Según él, desde Jesucristo, había estado Satanás relativamente encadenado y sostenía que habíamos entrado a la época posterior al milenio, a la época de la grande apostasía final.

Como primer punto de partida afirmaba, para salvar la profesía de Nuestro Señor, que el Evangelio estaba ya predicado "hasta en las más apartadas regiones del globo". De la unificación de las iglesias nada avanzaba.

Este error acerca de la universalización del Evangelio había sido explicable en los primitivos tiempos de San Agustín, pero era difícil justificar, a la vista del actual censo de las religiones, la afirmación de que una de las características de esta época contemporánea del siglo XX era "l'achevement de la prédication de l'Évangile".

En efecto, tres años habían corrido apenas desde que el Cardenal Billot emitía estas opiniones cuando el nuevo Pontífice hoy reinante, llamado el Papa de las misiones, en su Encíclica de 1922, lanzaba angustiado aquel gran clamor de que ya hablamos anteriormente al recordar el hecho de que la inmensa mayoría de la humanidad, más de mil millones de almas no conocieran a su Redentor.

Andaba pues, muy lejos de las directivas pontificias en este punto capital aquel respe-

table teólogo, quien, olvidando que cerca de los dos tercios de los hombres ignoraban aun el Evangelio, sólo esperaba una próxima conversión en masa de los judíos en Palestina como prodromo del fin del mundo.

El ambiente teológico contemporáneo, a pesar que está saturado aún de la atmósfera de los catorce siglos precedentes, nos da muy pocas opiniones de igual pesimismo; ellas por el contrario van revelando una fundada esperanza en los frutos universales de la Redención.

En efecto, junto a las doctrinas del mencionado teólogo que da por terminada la cristianización del mundo y que concluye reprodiendo opiniones científicas sobre una posible catástrofe astronómica que, a raíz del juicio final, podría destruir sorpresivamente nuestro planeta, vemos aparecer en diversos países en los tiempos actuales algunos libros de respetables autoridades eclesiásticas católicas, publicados con el nihil obstat de la iglesia, en que por la inversa se parte de la base de que la lucha terrena entre el bien y el mal se halla todavía en sus etapas primarias y aún se vuelve a anunciar, como en los tiempos primitivos de San Justino y San Ireneo, una época feliz en la cual N. S. Jesucristo vendrá otra vez, y ahora con sus santos, a inspirar directamente la regeneración gradual y universal de la humanidad que aún no conoce debidamente a Cristo Dios.

Sólo queremos mencionar entre esos obras, que son varias la del antiguo Rector del Seminario de Santiago, el santo Pbro. D. Rafael Eyzaguirre, trabajo lleno de estudio que fué sometido durante dos años a la censura de Roma (Apocalipseos interpretatio literalis. 1911).

Pero lo que vemos ahora sobre todo son numerosísimos estudios de teólogos católicos, en libros, en Revistas y en anotaciones bíblicas en los que, sin aceptar o sin mencionar siquiera la discutida venida segunda del Mesías, se parte de la base que se estima por ellos real, histórica e indiscutible, de que ni en el pasado, ni en el presente ha visto el mundo ninguna edad que pueda llamarse el reinado universal de Cristo y se habla con di-

vina esperanza de una época venidera, sea cercana a sea remota, en que triunfará verdaderamente en el mundo la bandera de Cristo, triunfo que, según esos exégetas, ha de ser grande en intensidad y en extensión en toda la humanidad.

Sobre este último punto de vista que no reúne aún la universalidad de las opiniones contemporáneas, pero que es fundamental y previo, seguiremos hablando exclusivamente en este estudio sin abordar el árduo tema de la posible venida de N. S. y de sus santos.

Si no hay fundamento teológico para esperar un triunfo general del cristianismo en el futuro o si los núcleos brillantes de fieles que contemplaba a su alrededor San Agustín a principios del siglo V y los que vieron al través de la historia otros escritores hasta el Cardenal Billot, han constituido ya el verdadero reino de Cristo en la tierra, en fiel armonía con el grado de fé y caridad predicho en los libros santos, no hay para que estudiar sí, según esas profecías, vendrá o no Cristo mismo y sus justos a inspirar dicho reino.

Nuestro tema es, pues, fundamental y previo, como hemos dicho.

Se trata de saber si el Evangelio de la sangre de Cristo, cuya propagación encomendó a su Iglesia, llegará a obtener en el porvenir, con el auxilio divino, un éxito real que se aproxime a la universalidad de sus regiones y razas.

Se trata de saber si la redención de la humanidad por el Hijo de Dios dará los frutos que él mismo anheleba y que la Iglesia pide con ruego secular, en forma que llegue a compenetrar todas las esferas pensantes y directivas de cada nación y como consecuencia de ello a la generalidad de sus masas.

Y es de advertir que los teólogos que sostienen que esa época llegará y con caracteres muy diversos de la actual, no han dicho que en ella cada hombre llegará a ser un santo, ni mucho menos que existirán hombres impecables, sino que manifiestan la creencia de que entonces brillará universalmente y con gran intensidad, en medio de las contradicciones de toda libre conciencia humana, la luz de las doctrinas del Redentor.

Resumen de las opiniones interpretativas

Antes de terminar esta historia de opiniones teológicas, conviene resumir los puntos en que ellas coinciden y difieren, dejando aparte la idea de la venida personal y visible de Nuestro Señor.

Tenemos que hay unánime acuerdo:

a) En que está profetizado un cierto triunfo para las doctrinas de Cristo en la humanidad. Se ha llamado milenio a este triunfo por la expresión de San Juan de que durará mil años, y todos entienden por esta cifra simplemente una época larga de importante duración que otros llaman reinado espiritual.

b) Se acepta además sin discrepancia que ese reinado debe empezar, según lo profetizado por San Juan, con la sujeción de la potestad del mal, sujeción que es designada con la metáfora del encadenamiento de Satanás.

c) Nadie niega, por último, que dentro del perfeccionamiento de ese reinado se comprende necesariamente la divulgación del Evangelio en todo el mundo; mal podría el cristianismo triunfar sin ser conocido.

¿Cuál es, pues, entonces la causa de las profundas divergencias que hemos visto en medio de esta aparente uniformidad?

La causa es la diversa forma en que se entienden los caracteres fundamentales profetizados para dicho reinado espiritual.

Si no se da su recto y natural sentido a las profecías, se cae en la opinión de que la vida actual del cristianismo perseguido y siempre vivo constituye este triunfo y aún se incurre en el error de dar por universalizado suficientemente el Evangelio en el tiempo en que se escribe. Los que así aminoran el sentido bíblico, afirman en consecuencia que el dicho triunfo o milenio espiritual empezó con la muerte de Cristo o con el advenimiento de Constantino, como sostienen otros, aunque parezca extraño, y aún algunos lo consideran terminado como hemos visto.

Los que piensan por el contrario que está anunciado un perfeccionamiento del reino de Cristo radicalmente diverso de lo vivido hasta hoy; de una caridad mucho más intensa en los países que ya conocen su doctrina y de

una real y efectiva extensión en todo el orbe de la tierra, lo colocan, como es natural, en el futuro.

La base de solución es, por sonciguiente conocer lo que la Biblia profetiza respecto de los verdaderos caracteres de ese reino y lo que nos dicen a este propósito las directivas pontificias de los tiempos contemporáneos.

LO QUE PIDE A DIOS LA IGLESIA

Hemos dicho que algunas almas santas, al leer con sincero espíritu los cantos alborozados con que celebra la Biblia el triunfo de la verdad divina, han dicho que ellos se refieren a lo que pasará en los cielos, pero nó en esta vida. En esta afirmación que tiene mucho de inecsacto como veremos, se hace un gran hincapié.

Hay en ella en todo caso un olvido doctrinal, lo que la convierte, por decirlo así, en una verdad incompleta, pues es evidente que sólo será excelso ese triunfo de la humanidad en el Paraíso si previamente han sido grandes en la tierra el conocimiento y la sumisión de los hombres a los mandatos divinos.

Para que la humanidad redimida tenga una vasta y gloriosa mansión en el reino de los cielos, es menester que el Evangelio de Cristo se haya extendido de una manera general y que se le haya practicado con intensa caridad en el campo militante de esta vida, que es donde se conquista aquel premio en la lucha con nuestra desequilibrada naturaleza. El reino de gloria no se gana sino con el triunfo terreno y guardará estricta proporción, sin dudo, el uno con el otro, tanto para cada individuo como para la hamanidad en su conjunto.

Lo que se pide en los Libros santos

Por eso lo primero que oímos al entrar con humildad y fé al campo de la verdad revelada es la voz del espíritu Santo que, desde antes de la venida del Mesías venía inspirando oraciones para pedir la difusión universal de los mandatos del Señor y el auxilio de su gracia para todos los hombres.

“Que las naciones que no te buscan, reza el Eclesiástico, entiendan que no hay otro Dios sino tú y pregonen tus maravillas”. “Muéstrales a ellos tus grandezas” y el salmista por su parte exclama con fervor: “Témanle todos los confines de la tierra”. “Regocínjense, salten de gozo las naciones Alábante, oh Dios, los pueblos todos y publiquen ellos tus alabanzas”.

Lo que anhelaba Cristo

Jesucristo declaró en la tierra insistentemente su infinito anhelo de que todos le conocieran. No satisfecho con la buena fé que salva al infiel en su ignorancia inculpable, deseaba que a toda la humanidad fuera llegando la fé revelada y ordenó para ello a sus discípulos que dieran a conocer ‘a todas las gentes’ que no le vieron la buena nueva de su redención; quería que la humanidad entera estuviera iluminada por su doctrina y por ello nos enseñó a pedir en el Padre Nuestro que nos llegara aquí en la tierra su reino.

La Iglesia guardadora de su palabra aspiró siempre a la universalidad terrestre y de ahí la designación de Católica, que significa universal, la que adoptó desde los primeros siglos.

El reino espiritual terrestre

El actual Pontífice que ha impulsado la evangelización del mundo, ha recordado a los fieles una oración para pedir a Cristo que toda la humanidad le reconozca y que los disidentes vuelvan al seno de su Iglesia, etc., y en ella se le ruega, como resumiéndolo todo, que apresure el advenimiento terrestre de ese universal reinado del cristianismo. “Aprésurad, dice, oh amabilísimo Salvador, la feliz venida de vuestro reino en la tierra”. Pide el Santo Padre, como se vé, el reinado de Cristo en este mundo, porque sólo en esta vida puede el pagano y el incrédulo buscar el camino de la gloria y sólo aquí puede el creyente acrecentarla, evangelizando a sus semejantes, que es la más grande prueba de amor que puede dar al corazón de Cristo.

No sólo la ignorancia religiosa y el cisma doctrinal se oponen a la venida del reino, son culpables de su retardo los Estados que unas veces en un hemisferio, y otras en otro, restringen el sacerdocio y cierran los templos de la divinidad, privando a los fieles de las fuentes ordinarias de la gracia y las naciones que continúan educando oficialmente a la juventud y a las masas en el error o en el ateísmo práctico, por eso la Iglesia ha pedido siempre a Dios que cesen los obstáculos que se oponen a la difusión de la verdad. En la nueva distribución del Breviario, dispuesta por Pío X, se insiste particularmente en esta súplica y se ordena a los sacerdotes invocar mañana y tarde en cada día al Señor a fin de que "destruidos universalmente los errores y persecuciones, pueda servirle su Iglesia con debida libertad".

Este anhelo de la Iglesia es uniforme y nada más ajeno a su espíritu divino que el considerar que con la escasa fé que hasta ahora ha brillado en el mundo se han completado los frutos de la redención.

El futuro encadenamiento de Satanás

Aún más, habéis oído que en la discusión de que hemos hablado se ha aludido al gran enemigo del hombre, Satanás, el que según la metáfora de San Juan en el Apocalipsis, debe ser encadenado antes del reinado espiritual de Cristo en la tierra, para que no seduzca más a las gentes. Por razón de éste orden cronológico han considerado ya como encadenado a Satán, desde la hora misma de la Redención, los que estiman como perfeccionado ya el reino de Cristo.

Pues bien, hay otra oración pontificia de los tiempos actuales que da luz sobre este punto. El gran Papa León XIII ordenó a los sacerdotes y fieles rogar a Dios al fin de cada misa para que "se sepulte en el infierno a Satanás y demás espíritus malignos que recorren el mundo para perder las almas". Será encadenado, dijo San Juan, "para que no seduzca más a las gentes".

Sabemos que el espíritu infernal no es hoy día "el amo del mundo" como era antes de la venida de Nuestro Señor, pero no ignora-

mos tampoco que es todavía temible como un león devorador que asalta al creyente, según las expresiones de San Pedro en su primera epístola escrita mucho después de la muerte de Cristo, expresiones que repite todos los días la Iglesia por boca de cada sacerdote.

Adviértase que en todo caso la cesación del poder diabólico de seducir a los hombres, como pide el Pontífice, constituiría una etapa excepcional y nunca vista en la humanidad para el triunfo universal de la fé.

Podemos pues decir que al esperar un reinado universal del Cristianismo en el mundo, anhelamos precisamente lo que quiere Dios y su Iglesia. Y podemos afirmar además que ese feliz reino, como le llama Pío XI, y cuyo advenimiento quiere apresurar, no está realizado, pues no puede suponerse que la Iglesia pida lo que ya posee.

Del texto de todas esas oraciones se deduce que ese reino, o su perfeccionamiento si se quiere, debe colocarse en el futuro. Es el Espíritu Santo el que inspira los ruegos de la Iglesia.

LO QUE EL ANTIGUO TESTAMENTO PROFETIZA

Pero se trata de un reinado que por disposición del cielo no puede establecerse sino con el concurso de la libre aceptación de los hombres y con el auxilio de gracias muy especiales de la misericordia divina, y para saber si esta época, por la cual ruega con insistencia la Iglesia, llegará a ser efectivamente una realidad, es menester acudir al oráculo infalible de las profecías bíblicas. En ellas veremos si está anunciado como un hecho que debe esperarse con absoluta certeza y conoceremos sus características de extensión e intensidad.

Desde el Paraíso anunció Dios que el espíritu del mal que le disputaba nuestra fidelidad mordería las plantas del hombre, pero sería aplastado. A Moisés hizo el Señor una especial y categórica declaración del triunfo: escuchad, es Dios el que habla: "Juro por mi vida, le dijo, que toda la redondez de la tierra se llenará de mi gloria" (Los números XIV, 21).

La promesa divina de una futura dominación espiritual del mundo se encuentra en casi todo el Antiguo Testamento, reino universal de efectos morales y aceptado voluntariamente por los hombres, como lo explica el P. Frey, Secretario de la actual Comisión Bíblica Pontificia (1), y que puede sintetizarse en la siguiente profecía de Habacuc por él citada: "La tierra estará llena del conocimiento de Gehová" (11, 4). El profeta Miqueas (VI, 1), anuncia que en esa época "subirán presurosas las naciones", los caminos que llevan a la casa del Señor y Daniel (VII, 14), agrega que "todas las razas, tribus y lenguas le servirán".

Fácil es ver que no ocurrirá esto en los cielos, donde no habrá tribus, ni naciones, ni diversas lenguas, y Habacuc se refiere determinadamente a la tierra, como hemos visto.

Pero es en los salmos y en Isaías donde se encuentra con más claridad aún la promesa del aniquilamiento de las organizaciones del mal y del triunfo de la verdad en todas las naciones.

Los salmos son como un compendio de teología y forman la base del Breviario sacerdotal. Sólo brevísimas citaciones de ellos podemos hacer, tomando como guías a los más autorizados teólogos contemporáneos.

Según Fillion, el salmo II versa sobre los vanos esfuerzos de los reyes (o gobernantes) de la tierra contra el reino de Cristo. El Padre Eterno se dirige en ese salmo al mismo Jesucristo y dícele:

"tu eres mi hijo.
"Yo te he engendrado hoy
"Pídeme y te daré por herencia las naciones
"Y por dominio tuyo los confines de la tierra".

Se trata "del reino universal de acá abajo", dice el comentador, y Cristo con el mandato de su Padre avanza contra los rebeldes para dominar "la tierra entera, Cristo no podía tener una jurisdicción restringida; su iglesia es católica, universal", agrega.

La misma idea se halla en otro salmo (LXXI) donde se dice que en el hijo de Dios

serán bendecidas todas las naciones y le estarán sujetas", que "sus enemigos lamerán el polvo", que "hará justicia a los afligidos" y "salvará a los pobres" y todos los reyes le adorarán". El comentador citado expone que este salmo pronostica la manera como Cristo, en el ejercicio de su soberanía en el mundo, se elevará al gran rol de dominador universal.

No estará demás decir que el profesor Fillion es consultor de la Comisión Bíblica nombrada por el actual Pontífice y que sus autorizados comentarios que vamos citando han sido adoptados por el Arzobispo Gomá, hoy Primado de España, al hacer una nueva versión del Salterio al castellano.

La Paz Universal

Una característica especial y de aplicación a nuestros tiempos tendrá este reino espiritual como su fruto lógico, según los salmos y otras profecías bíblicas y son: primera, que vendrá el apaciguamiento interno de cada sociedad humana; se dará la debida y justa protección al pobre y éste vivirá en paz y caridad con el rico; y segunda, que las naciones no pasarán sus días en odiarse y en prepararse para una mútua guerra. Con el acero de las espadas "forjaránse rejas de arados", como dice con oriental poesía, uno de los profetas: "La justicia y la paz darán un ósculo" para vivir unidas en aquel tiempo.

Conviene tomar nota de estas promesas en una época en que ya los más grandes políticos confiesan que no habrá tranquilidad estable dentro y fuera de las fronteras, si no se desarman los espíritus. Esta paz sólo puede traerla en realidad un mayor ardor de la justicia y de la caridad humana.

Hay todavía algo más predicho en varias metáforas, como consecuencia natural de los bienes espirituales y es la equidad y confianza con que cada hombre podrá así recoger el fruto material de sus trabajos.

Se impulsaría, pues, según esto, por la vía espiritual de la fraternidad humana, la solución de los amenazantes males del mundo que discuten los conductores de los pueblos y que solo por este camino tendrán remedio.

EL SALMO XXI

Pero antes de abandonar las páginas de los salmos queremos recordar aquel que empieza con la exclamación de Nuestro Señor en la Cruz: 'Elí, Elí, Lamma sabacthani' Dios, mío, Dios mío, por qué me habéis abandonado?'. Es este salmo XXI, como se ha dicho, un evangelio anticipado de la pasión de Cristo, cuyos detalles anuncia el rey salmista con honda angustia. Se profetiza allí que será objeto de mofa, echada en suerte su vestidura, que en su desnudo cuerpo podrán contarse sus huesos y taladrarán por fin sus manos y sus pies. Pero consumado el anunciado sacrificio, surge vigorosa después en el salmo la idea del glorioso fruto que ha de dar ese holocausto de la víctima infinita. "Las esperanzas del héroe de este grandioso cántico, dice Fillion, pasan a ser inmensas como el mundo. El contempla con anticipación el día feliz en que no solamente los judíos sino todos los paganos vendrán a adorar al verdadero Dios",

Ya había exclamado el profeta David anteriormente: "Las naciones todas que criasteis vendrán Señor y postradas ante ti te adorarán y rendirán gloria a tu nombre" (LXXXV,9) y aquí en este salmo de la pasión refuerzan su idea y así profetiza en sus últimas estrofas:

"Los que teméis al Señor, alabadle, glorificadle descendientes todos de Jacob.

Se acordaron del Señor y se convertirán a El
los confines de la tierra.

Todas las familias de las gentes
adorarán su faz.

Porque del Señor es el reino

Y El ha de dominar a las naciones".

Y por cierto que podemos decir con Fillion. Vander Heeren, Perennes y muchos otros ilustres comentadores que hoy viven, que es la conversión del mundo entero lo que ahí se profetiza.

La Iglesia repite en el Breviario, en la mañana de todos los viernes del año, este salmo que anuncia el fruto universal de la pasión de Cristo.

Las estrofas que hemos transcrito no son simples peticiones al Altísimo, son anuncios precisos de hechos, y profetizados aquí sin

oscuras alegrías, con una claridad de lenguaje que aleja toda duda acerca de que Dios predice ahí lo que con toda propiedad llama la Biblia, la Iglesia y el lenguaje común, el reinado de Cristo en la tierra, ese mismo reinado cuyo advenimiento quiere el actual Pontífice apresurar por medio de las oraciones de la Iglesia.

ISAIAS

No es posible citar con igual detenimiento a Isaías que abunda en las mismas promesas con una belleza de forma y una piedad insuperable.

Ese futuro triunfo, que, como dice Mons. Pelt (1), no será obra de la violencia, sino una dominación pacífica de la gracia y de la caridad de Cristo, está pintado por Isaías con las más significativas y claras comparaciones. Dice él que en ese entonces:

"El conocimiento del Señor llenará la tierra como las aguas llenan el mar".

No puede darse un símil de mayor fuerza para expresar cómo llegará a compenetrarse universalmente la humanidad de la doctrina de Dios, estado de que nos hallamos hoy tan lejos que nuestras mentes, imbuídas en el actual ambiente del mundo, sólo pueden ahora concebirlo con una sorpresa igual a la que experimentaron en los primeros siglos, los infieles, ante el espectáculo de caridad de la nueva vida cristiana.

Por boca del profeta habla en otras ocasiones el mismo Dios y dice:

Reuníos y venid...

Convertíos a mí pueblos todos de la tierra.

.....

Juré yo por mí mismo,

palabra justa salió de mi boca y no será re-
(vocada:

que ante mí se doblará toda rodilla
y jurará toda lengua.

Y de mí se ha de decir:

es en el Señor donde residen la fuerza y la
(justicia.

Serán confundidos todos los que a El se
oponen". (XLV, 22-24).

(1) Dictionnaire de la Bible, T. V. Royaume de Dieu.

Como medio de facilitar ese reinado espiritual, está predicho también que se "destruirá el freno del error que domina las naciones". es decir, el freno con que en diversos países se domina compulsivamente la formación de las conciencias y de este modo esa sumisión universal a Dios, jurada por El mismo, vendrá, de acuerdo con las Profecías, por resolución libre de los hombres, como acto de valor moral que es, según observa el eminente profesor Frey (1).

Será una obra de progresivo y espontáneo convencimiento de las voluntades. La inteligencia humana movida por el Señor en esta época estará ávida de instruirse en las fuentes de la verdad de Cristo. Esto es lo que anuncia Isaías y repite así textualmente el profeta Micheas: "Vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob, para que El nos doctrine en sus caminos y por sus sendas marcharemos" (II, 3).

Y esto se realizará como si fuera la obra natural de la germinación de la gracia de Dios en la Humanidad. Isaías lo explica diciendo: "Así como la tierra desarrolla sus plantas y el jardín hace brotar la semilla que se ha sembrado en él, así el Señor Dios hará florecer su justicia y su gloria a la vista de todas las naciones" (LXI, 11).

(1) Dictionnaire de la Bible, T. V. Royaume de Dieu.

Sería una tarea larga, por deliciosa que sea, el seguir entresacando de la antigua Revelación las promesas de este Reino.

Queda ya pintado con suficiente claridad.

Sólo los que quieren leer las Escrituras con la luz bajo el celemin y se empeñan en oír con sordina la verdad, pueden decir que lo profetizado es la vida que vivimos.

Salta a la vista que esa era ha de ser algo muy diverso.

Se nos dirá que ese universal reinado espiritual no puede venir sino por un milagro extraordinario del cielo. Estamos conformes con ello. La misma prolongada división de los cristianos, las tenaces persecuciones de que es víctima la Iglesia y las enormes dificultades de la conversión de los infieles a Cristo que revelan las estadísticas que ya citamos, lo prueban sobradamente. Será, por cierto, necesaria una excepcional intervención directa de Dios para que llegue esa gran regeneración del mundo; pero su amor pondrá los medios porque El ha prometido realizarlo.

Para completar este breve estudio sería menester recordar también las predicciones del Nuevo Testamento conjuntamente con las directivas pontificias al respecto. Esperamos hacerlo próximamente.

Lo que hemos dicho nos prueba en todo caso que el Reino terrestre de Cristo, que hoy anhela con fervor la Iglesia, es el mismo que desde antes de la primera venida del Salvador profetizaba la Biblia.

AIRE...! AIRE...!

Se habla incesantemente de las manifestaciones económicas de la inmensa crisis de hoy. Acaso, en tal preocupación dominante haya un legítimo reaccionar en contra de ciertas tendencias pseudo-espiritualistas que, de manera sospechosa y sistemática, negaban toda importancia a lo material. Pero esta reacción corre riesgo de caer en extremos aún más inhumanos. Si era absurdo prescindir de las necesidades del cuerpo, en la organización social no lo es menos olvidar la existencia del alma. En último término, los acontecimientos reales tienen la importancia que el espíritu les asigna: ¿antes del Cristianismo, hubiese tenido los mismos caracteres violentos de hoy el hecho real de que millones de hombres se encuentren en la miseria? Probablemente en una turba organizada según el ideal de Nietzsche, se hubiera pensado sólo en que era preciso aumentar el caudal donde arrojar los cadáveres... Si lo corporal, lo material no está hoy dentro del orden es porque las inteligencias, las voluntades los corazones están en desorden, desmoralizados. Queda no obstante, la luz inextinguible.

Ciertos aspectos de esta desmoralización son analizadas por un escritor poco sospechoso de mogigatería. Se acerca a esa luz.

El riguroso artículo de Morand, es revelador de un espíritu verdaderamente latino que sondea la miseria de nuestra tiempo. En el fondo, la voz insospechada del viajero frívolo es aquí la voz de la Francia cristiana de siempre. Por su valor de síntoma de nuevas tendencias, dentro de la intelectualidad francesa, hemos sacado, del reciente magazine "1933" estas líneas violentas y hermosas.

Cuando leemos en un diario extranjero, yendo de viaje, el relato de un crimen local, ¿por qué no vemos en éso sino un accidente, un fenómeno sin causas, una extravagancia sangrienta? Y al contrario, si el crimen sucede entre nosotros; ¿por qué nos solemos sentir tan profundamente afectados? Y aún responsables, si el culpable pertenece a nuestra clase? Más, todavía, ¿por qué nos sentimos comprometidos, si el hecho es un drama

de nuestra generación? La interdependencia de los seres de una misma nación, de una misma edad, es tal en nuestros días que basta un solo escándalo para que, por ejemplo, todos los estudiantes se crean afectados, todos los marinos comprometidos, todos los Prefectos implicados... Si nuestro territorio, nuestra época, se han vuelto hasta tal punto exigiosos que la menor salpicadura nos toca, ¿no es tiempo muy oportuno—después del proceso Casseret, del proceso Noziese y el proceso Dufresne (1) — para lavarnos las manos y la conciencia?

Los años que siguieron a la guerra parecieron a muchos de nosotros un verdadero Renacimiento; encontrábamos enteramente natural que tuviesen sus vergüenzas, tan ciertos estábamos de su bienhechora y terrible belleza. A los Benvenuto Cellini, a los Borghias, a los Lorenzaccio modernos, perdonábamos fácilmente sus afrentas que los hacían parecerse más completamente a sus modelos; realizaban, a nuestros ojos, el ideal del hombre completo, que sabe mirar el mal sin vértigo. Pero la post-guerra y sus grandezas, — que fueron bien reales — ya no existen. Nosotros tomamos el tren hacia otros destinos, y al regresar no hemos encontrado nada de cuanto habíamos dejado. Así lo pensábamos, al menos. Más, he aquí una serie de crímenes extraños que nos viene a probar que nos engañábamos: la post-guerra ha dejado en nuestro pueblo trazas profundas, terribles taras; los seres débiles han sido, por ella, marcados para siempre; éstos, a su turno, contaminan a los más jóvenes: el bien de la época ha desaparecido, el mal subsiste.

"Aquellos crímenes, no son la Francia", dicen las gentes, para consolarse. Ojalá fuese así. Cada vez que se levanta una cubierta,

(1) Estos procesos indignaron a la opinión pública francesa porque dejaron impunes una serie de crímenes que son extraña mezcla de pasiones anormales e intereses de dinero.

se ve la alcantarilla; cada vez que se hace una incisión en un medio (y siempre diferente) se ve hormiguar los gusanos; cada vez que se abre una puerta, es una letrina; cada vez que hay un cadáver, se pone a hervir, pues está infiltrado de venenos... El crimen real parece más espantoso aún que el imaginado. Es tal, que las peores descripciones de los autores naturalistas nos hacen sonreír. Una muchacha es detenida, la semana pasada, en el Mediodía; cuenta tres años de su vida, de los trece a los dieciséis; el cuadro fué la Costa Azul, de Tolón a Mónaco. Nunca esta muchacha ha encontrado un sostén, una sonrisa, una mano tendida; jamás, un hombre que no buscara el vivir de ella; la "Aldeana pervertida" o "Clarisa Harlowe", son cuentos infantiles junto a ese viaje al fin de la noche. Comparados con las orgías sangrientas que decoran ciertos crímenes de hoy, ¿qué son las de la casta Naná? "Y ahora, hacer entrar a los negros!", y los negros entran en nuestra decadencia como entraron en Cartago y en Bizancio, (pues se ve su maldiciente belfo en la cabeza de todas las civilizaciones blancas moribundas); "haced entrar a los negros!", gritan estos "menages" modernos, provincianos y extranjeros, llenos de ardores sucios, que se perciben tras los pequeños anuncios especiales... Al despertar, fuera de la pesadilla, las más correctas de aquellas parejas sacan un revólver, y se suicidan.

Las reacciones, o más bien la falta de reacciones del público francés, espantan aún más que el crimen; no hay más que curiosidad impasible, —otra forma de la eretomanía;— se ha sacado a Freud de la clínica, se le ha vulgarizado, sólo se ha creído ver allí una cosa: que el anormal tenía derecho a ser considerado normal; a este respecto, las farsas médico-legales que corren sobre el proceso Dufresne sobrepasan cuanto se ha podido oír hasta hoy; la calle, como los salones, lo admiten todo; es la complicidad general. Allí, no se toma en cuenta al asesino; cada cual sonríe al ver la policía apurarse con lentitud. Entonces, todo se acepta; no se puede detener a nadie porque todo el mundo es cómplice; ¿cómo sería de otra manera, si todo

el mundo está mezclado en la trampa? Cada uno conoce o adivina los hilos que en nuestra sociedad compleja unen extremos contrarios; tales hilos no han cesado de ser subterráneos, peor no hay un parisién que no sepa donde terminan. Masonería de inmundicias, de drogas, de homosexualidad, constituyen las partes refinadas: la forman sólo los interesados, que se ocultan a su sombra, si es que se ocultan.

Los escritores, ellos que viven de contrastes, podían hasta aquí regocijarse de tal estado de cosas; saludaban en Charlus una nueva encarnación de Vautrain; aquello rejuvenecía los temas o los harapos. Nuestro punto de vista durante diez años, fué de cronista objetivo: ante la inminencia del peligro, comienza a modificarse. Por esto, no hacemos aquí un discurso de repartición de premios de virtud; simplemente, nos vemos obligados a defender nuestra piel. Queremos pasar la segunda parte de nuestra vida en el marco de la civilización donde nacimos; aún si esta civilización debiese perecer, nosotros queremos egoístamente detener su muerte hasta el día siguiente de la nuestra...

¿Remedios? Primeramente, venguémonos; salgamos de nuestra quietud consternada. Renunciemos, aún, un momento al liberalismo, si este depurativo se manifiesta demasiado ineficáz. Exijamos, en seguida, de nuestra prensa más decencia la desinfección por la luz, sea, pero nó el uso de proyectores; digamos también a la Policía que su rol no es coleccionar papelitos, sino pasar esos papeles al Juez de instrucción; pidamos en seguida a los Tribunales que castiguen (todos hablan de un Estado joven; un Estado joven es un Estado que castiga). Expliquemos, en fin, al público que la inmoralidad ha hecho su época. En este momento, todos los países matan su gusano, salvo el nuestro: la U. R. S. S., se ha desembarazado de sus niños vagabundos, y el reciente libro de Klaus Meinher sobre la juventud soviética nos la muestra puritana; el Napolitano no ofrece ya su hermana al turista; la Argentina acaba de liquidar en cuarenta y ocho horas su inmensa prostitución clandestina. No deje-

mos a Hitler vanagloriarse de ser el único que intenta el levantamiento moral de Occidente. (Es, al menos, lo que dice en este momento en la radio; mientras escribo este artículo lo oigo hablar en medio de cornetas y tambores...) Roguemos a Alemania que no nos envíe sus hombres vestidos de mujeres, sus músicos de talento erótico y deprimente, o al Doctor Magnus Hirschfeld, Director del ex-Instituto de Investigaciones Sexuales, papa de los invertidos; (nosotros, después de la Revocación del Edicto de Nantes, le envia-

mos guerreros, pensadores, tejedores, tintoreros, gentes inútiles; verdaderamente, perdemos en el cambio); que dirija a otras partes los deshechos de sus años de expresionismo.

Somos un país por donde corrió, más que en parte alguna, la sangre bermeja de las revoluciones y las guerras; en cuanto a la sangre de los crímenes, jamás podremos impedir que se derrame.

Pero queremos cadáveres limpios.

Sara Izquierdo de Philippi

La formación de las madres y la educación religiosa de los hijos

Según sean nuestros ideales, tal será la educación que demos a nuestros hijos. Como no sólo se educa por las palabras, sino ante todo por los hechos y el ejemplo, aún en aquellos casos en que los padres descuidan la educación, los niños reciben los ejemplos, escuchan las conversaciones, se impregnan de los hechos de la vida diaria y, queriéndolo o no los padres, acaban por reflejar el medio ambiente en que crecen y se desarrollan.

El ideal de los padres, se refleja, pues, en la educación de los hijos. Cuando ese ideal lo constituyen únicamente aspiraciones de orden material, que sólo tienen por fin el conseguir para sí y para los hijos los bienes de fortuna, con el fin de sobresalir, de satisfacer el deseo de poderío ó influencia, o simplemente de gozar de la vida material, sin preocupaciones de otro orden más elevado, entonces, aun sin advertirlo los padres, la educación de los hijos toma carácter utilitario e individualista, en que en éstos se vé, o bien a los rivales que algo han de quitarnos por el sólo hecho de existir o a los que nos sobrepasan, que son acreedores de nuestra antipatía, o los inferiores que no alcanzan a igualarnos y que a lo más son dignos de nuestra lástima, pero no de nuestro amor.

Nuestra educación, hoy día, aún la que damos entre católicos, está tan impregnada de materialismo, que apenas percibimos en ella el fin sobrenatural que debe inspirarla. Quizás sea esta la causa del despiadado odio de clases que levanta barreras solo franqueables por la más pura caridad cristiana.

Lejos estamos de esos tiempos en que los romanos, al ver la insipiente comunidad cristiana, decían: "Se conoce que son cristianos por lo mucho que se aman". Lejos esos tiempos en que esta comunidad formaba un solo corazón y una sola alma, en que los bienes se entregaban a la Iglesia para que

como madre dispusiera de ellos repartiéndolos entre los hijos; en que la oración común, era la gran fiesta que congregaba a los cristianos alrededor de su obispo para rendir a Dios homenaje y cantar sus alabanzas. La comunidad cristiana de esa época, lo mismo que la de la Edad Media, más tarde, constituía un todo armónico, en que la ley de la caridad regulaba las relaciones de los hombres, unos con otros y presidía en los individuos esa escala admirable de valores en que buscando primero el "Reino de Dios y su justicia" todo lo demás venía por añadidura. Es que los cristianos de esas épocas tenían un concepto claro del significado de la vida y del fin sobrenatural del hombre, cual es de "conocer, amar y servir a Dios en esta vida, para merecer la eterna", como lo dice el catecismo.

Influenciados por el materialismo reinante, tenemos hoy día la mente obscurecida y una dificultad grande para conocer y realizar estas verdades de orden sobrenatural. Ello se debe principalmente a la ignorancia religiosa y al poco conocimiento de las enseñanzas de la Iglesia.

Este es el punto que nos corresponde analizar al referirnos a la necesidad de que las madres se formen para educar en la religión a sus hijos.

El actual Papa Pío XI, en sus maravillosas encíclicas, que son todo un código práctico de vida cristiana, nos dice en la muy admirable, sobre la educación que: "Es pues de suma importancia no errar en la educación, como no errar en la dirección hacia el fin último, con el cual está necesariamente ligada toda obra de la educación. En efecto, puesto que la educación consiste esencialmente en la formación del hombre, tal cual debe ser y como debe portarse en esta vida terrena, para conseguir el fin sublime para el cual fué creado, es evidente que co-

mo no puede existir educación verdadera, que no esté totalmente ordenada al fin último, así en el orden actual de la providencia, o sea después que Dios se nos ha revelado en su unigénito hijo, único "camino verdad y vida", no puede existir educación completa y perfecta, si la educación no es cristiana".

La educación del niño corresponde a la familia y su formación religiosa la pone la Iglesia, desde el primer momento, bajo la tutela de los padres y particularmente de la madre, ya que es ella la llamada a velar por la vida de este organismo tan débil, que comprende al ser humano. Por desgracia, hoy día se ha debilitado a tal punto el concepto de estos derechos y deberes, que oigamos cómo se lamenta de ello Su Santidad Pío XI: "Queremos, con todo, llamar vuestra atención sobre el deplorable decaimiento actual de la educación familiar. A los oficios y profesiones de la vida terrena, ciertamente de menor importancia, preceden largos estudios y cuidadosa preparación, mientras que para el oficio y deber fundamental de la educación de los hijos, están poco o nada, preparadlos muchos de los padres, demasiado metidos en los cuidados temporales".

Es preciso, pues, cambiar esta mentalidad de los padres "demasiado metidos en los cuidados temporales", por una conciencia clara sobre el verdadero fin de la vida humana, y cual debe ser su misión como padres cristianos.

Si es verdad, que esta preparación, obliga al padre tanto como a la madre, cae más directamente sobre ella el deber de educar y formar en la religión al niño, puesto que, como lo hemos dicho, éste recibe la influencia directa de la madre, desde los primeros instantes de su vida.

¿En qué consiste pues, esta especial preparación de la madre?

No olvidemos que toda mujer está llamada a la gran misión de forjadora de hombres, ya que los primeros años del ser humano que son casi decisivos para la vida, serán siempre confiados a ella. Donde fal-

ta la madre natural, habrá otra mujer que la reemplace. No olvidemos tampoco, que Dios ha puesto en la mujer una gran cualidad que la hace educadora por naturaleza, la intuición. La intuición la hace adivinar, preveer, sentir y buscar con acierto lo que puede ser útil o conveniente para el niño. Pero la intuición sola, desligada del fin sobrenatural, no la llevará jamás a formar un hijo cristiano. Es preciso pues, que la madre cristiana conozca y sepa en dónde está la fuente que la hará rica en sabiduría, para cumplir esta misión tan alta y sobrellevar con amor esta responsabilidad que Dios ha puesto en sus manos.

Oigamos a Su Santidad: "A la debilidad de las fuerzas de la naturaleza decaída, ha provisto la divina bondad con los abundantes auxilios de su gracia, y los múltiples medios de que está enriquecida la Iglesia, la gran familia de Cristo, que es por lo mismo el ambiente educativo más estrecha y armoniosamente unido con el de la familia cristiana".

Esta unión armoniosa entre la Iglesia y la familia, debe ser el objeto del conocimiento y de la práctica en la vida de la madre. Todas estamos obligadas a conocer nuestro fin sobrenatural y los medios que nos llevan a él. La Iglesia, es la depositaria de esta sabiduría sobrenatural, y ella nos presenta la materia de este estudio; pone en nuestras manos desde muy niños el catecismo, libro admirable, que aprendido en la infancia, lo hemos dejado en un rincón de nuestra biblioteca o, lo que es más triste, en un rincón de nuestra mente. Cuando se ahonda en su estudio y a medida que la experiencia de la vida nos va formando, vemos con mayor claridad y precisión cuán luminosas son sus lecciones y cómo la enseñanza de la Iglesia nos introduce al orden sobrenatural, realidad más viviente que la vida misma de la naturaleza. En él aprendemos a conocer a Cristo, nuestro único "camino, verdad y vida".

Junto con el estudio del catecismo, nos recomienda la Iglesia el de los Santos Evan-

gelios, complemento indispensable, en la formación religiosa.

Pero cada cual deberá ahondar este estudio a medida de su inteligencia y cultura. ¿Cuál será el medio más eficaz para hacerlo? "San Pablo, nos dice que debemos escrutar el Misterio de Cristo, que contemplemos su persona y estudiemos sus actos. Debemos contemplarlo, no sólo con un estudio, puramente intelectual, que las más de las veces será seco y estéril, sino con un "espíritu lleno de sabiduría celestial" que nos lleve a buscar el don divino, la verdad que alumbra nuestra vida; debemos contemplarlo para conformar nuestra existencia a este modelo que nos hace a Dios accesible y beber así la vida divina que brota de El para calmar nuestra sed de lo infinito.

"Este conocimiento adquirido por la fé, en la oración, bajo la inspiración del Espíritu Santo, es la verdadera fuente de agua viva que salta hasta la Vida Eterna.

"Mientras más conozcamos al Cristo, mientras más profundicemos los misterios de su persona y de su vida, mientras más estudiemos, en la oración, las circunstancias y los detalles que la Revelación nos ha dejado, más verdadera será nuestra piedad y más sólida nuestra santidad.

"Nuestra piedad debe estar basada sobre la fé y sobre el conocimiento que Dios, nos ha dado de las cosas sobrenaturales y divinas. Una piedad que se funda únicamente sobre el sentimiento, será tan frágil y efímera como éste: es la casa construída sobre arena que se viene abajo al primer choque. Al contrario, cuando nuestra piedad está basada sobre la fé, sobre convicciones que resultan de un conocimiento profundo, los misterios de Jesús, único verdadero Dios, con el Padre y el Espíritu Santo, es como si se hubiera construído un edificio sobre la roca, es decir, incommovible.

"Es además, para nosotros este estudio un fuente perenne de alegría, puesto que el bien por excelencia para nuestra inteligencia es la verdad y mientras más abundante y luminosa sea ella, mayor y más profunda se-

rá la felicidad de nuestro espíritu". (Columba Marmion, O. B.)

Si la madre vive su fé y la vive penetrada de la gran alegría y felicidad que de ella resulta; si irradia a su alrededor esa paz que nace de la absoluta confianza en Dios, si sabe impregnar el ambiente que la rodea de la pureza, que se desprende de una vida de unión con Cristo, puesta ante la misión de formar en la Religión a su hijo, fácil le será llevar a cabo el "fin propio e inmediato de la educación cristiana que es, como lo dice, Pío XI, cooperar con la gracia divina a formar el verdadero y perfecto cristiano, es decir, el mismo Cristo, en los regenerados por el "Bautismo" (Pío XI, Encíclica sobre la Educación Cristiana.

En el estudio meditado del catecismo es donde aprendemos a conocer lo que es este niño regenerado por el Bautismo y en qué consiste nuestra misión de formar en él al "verdadero y perfecto cristiano, es decir, al mismo Cristo, "(Pío XI).

Misión grande y sublime; no nos ha dado este hijo para nuestra entretenición o descanso, ni menos aun para ser considerado, estorbo en nuestra vida. No es un ser del cual podamos disponer a nuestro albedrío. El niño, aunque débil e incapaz de valerse por si mismo, y que tanto necesita del calor de nuestro regazo, encierra en sí, una dignidad mil veces más alta que la de los príncipes de la tierra. Por el bautismo ha pasado a formar parte de la noble stirpe de hijo del Altísimo, hermano de Cristo. Como miembro del cuerpo místico de la Iglesia, ese niño, está llamado a ser otro Cristo. Esta es la verdad que nos enseña la Iglesia. Este niño, como cristiano, deberá cumplir los votos que por él han hecho sus padrinos, y deberá cooperar con la gracia santificante, que lo ha transformado en templo vivo del Espíritu Santo; éste niño está llamado a cumplir una misión tan alta que de su cumplimiento depende su terna felicidad. Todo esto está encerrado en ese ser humano tan delicado y tierno y cuya vida material y

espiritual, Dios, ha puesto en nuestras manos.

La educación o formación religiosa del niño, consiste en hacerle posible realizar, en la forma más perfecta, su fin sobrenatural, y constituir en esta vida ese verdadero cristiano, de que nos habla Pío XI, "fruto de la educación cristiana, que es el hombre sobrenatural, que piensa, juzga y obra constante y coherentemente según la recta razón, iluminada por la luz sobrenatural de los ejemplos y de la doctrina de Cristo."

Es la madre el primer modelo viviente que tiene el niño, para imitar a Cristo. Es por eso, que el recuerdo de ella, que perdura en la mente del hombre cristiano, irá siempre unido al de sus primeros sentimientos religiosos, y juntarán sus labios el nombre bendito de la que le dió el ser con el de Dios a quién adora su alma.

Si Cristo es el único "camino, verdad y vida" para nosotros, Dios ha querido que quién lleva al niño hacia ese camino sea la madre; ella es la encargada de espiar los primeros destellos de conciencia y de estudiar esas características que diferencian las almas entre sí.

Porque "educar, ha dicho muy bien el padre Lippert, es respetar en el niño y proteger el desarrollo de las cualidades que trae al nacer, y corregir hasta donde sea posible las fallas o faltas de su naturaleza caída" Es pues, necesario que la madre viva en contacto íntimo con el niño.

¿Significa ésto sacrificarse? Sí, sacrificarse, si podemos llamar sacrificio, el consagrar nuestra preocupación, nuestra tiempo a ese ser que junto con la dignidad de hijo de Dios, encierra para nosotras la alegría de la vida.

Educar no es, pues, formar el niño a nuestro amaño, ni imponerle nuestro yo. Cada niño es una creación especial de Dios, que se complace como artista supremo en la infinita variedad de seres, y formas que constituyen la armonía del Universo. Así como jamás hay dos caritas infantiles, exactamente iguales, ni entre los hermanos nacidos de los

mismos padres, tampoco hay dos almas iguales, y al infundirles la vida, Dios ha impreso en cada una de ellas un sello diferente que perdurará hasta más allá de la muerte.

Esta variedad de tipos, entre los mismos hermanos, es lo que hace justamente interesantísima la educación en la familia; son diferentes en sus inteligencias, en sus cualidades afectivas, en un "modo de ser" Sus almas buscan a Dios, también de diferente manera. Hay niños para los cuales la fé es la virtud por excelencia infundida por el Espíritu Santo en el bautismo, y creen con sencillez y fervor; otros buscan a Dios por medio de su razón e indagan y preguntan hasta quedar tranquilos. Son almas que buscan la luz y que no pueden llegar a ella por sí solas, porque la inteligencia natural del hombre ha sido oscurecida por la falta original.

Para guiar a todos ellos, debe estar la madre preparada, y si no es capaz, debe llevar al niño donde un sacerdote que lo instruya, antes de pretender dejar satifecha su inteligencia con una contestación torpe o sin sentido.

El sujeto de la educación cristiana, es el niño en su totalidad, cuerpo y alma, y no podemos separar la formación religiosa de su educación general ya que como dice Su Santidad Pío XI, "el verdadero cristiana debe vivir vida sobrenatural en Cristo, y manifestarla en todas sus operaciones. Por esto, precisamente la educación cristiana, comprende todo el ámbito de la vida humana, sensible y espiritual, intelectual y moral, doméstica y social, no para menoscabarla en manera alguna, sino para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos de la doctrina de Cristo."

El niño debe, pues, ser colocado en un ambiente que corresponda por su pureza y por el respeto con que se le trata a la dignidad espiritual de que está revestido.

La pureza de este ambiente debe ser obra de la madre; ella es la llamada a crearlo, embelleciéndolo con verdades positivas de las cuales dará ella el ejemplo. Escuela admirable de virtud es la maternidad cristiana. El niño por su misma pureza está penetrado de un espíritu agudo para descubrir la verdad y es un pequeño juez implacable para notar la contradicción entre las palabras y los actos de las personas que le rodean. Debemos, pues, velar sobre nosotras mismas, y en nuestro afán de darles a Cristo, trabajaremos así por formarlo en nuestras almas e inspiradas en el más puro amor a Dios, hallaremos gracia ante nuestros niños. Si el amor a Dios es el móvil de nuestra vida, de Él brotará esa fe fuerte y sincera, franca y alegre que la embellece y la transforma en un perpetuo cántico de alegría.

Dejemos de lado la piedad subjetiva y pueril, la piedad estrecha y utilitaria que supone en el Creador los mismos sentimientos mezquinos de sus pobres criaturas y que se traduce en la educación dando al niño un concepto erróneo de Dios, que falsea para toda la vida la fe del niño y puede ser causa más tarde de su incredulidad. Amenazamos al niño con el ojo justiciero de Dios, que lo sigue siempre para descubrir sus más leves faltas; con el infierno y el demonio, con el castigo eterno, verdades terribles que apenas nos atrevemos a considerar los adultos, antes de hacerlos sentir la presencia del padre celestial, por la paz, alegría y pureza que reina en el ambiente; en vez de enseñarles a buscar esa divina presencia dentro de sí mismo en un corazón lleno de amor al Señor.

Sin duda que esta religión del terror servirá admirablemente a aquellas madres que por egoísmo y por ocupar su tiempo en frivolidades, dejan a sus niños en manos mercenarias. En esta educación hay más temor de esclavos que amor de hijos, y de ella resultan las generaciones de católicos de mentalidades mezquinas que sólo dan a Dios aquello que creen indispensable para no condenarse y que tratan de conciliar en sus con-

ciencias, por todos los medios, una vida en que van mezcladas, a veces en forma repulsiva, el miedo de Dios con el amor al mundo.

El niño necesita confianza y fe y debe aprender desde chiquito a ponerla en Dios. Sepamos inspirársela y recurramos, cada vez que nos sentimos en circunstancias difíciles, a la oración. No olvidemos que lo que no da la intuición lo dará la gracia. Dios no puede desoír la oración de una madre que con recta intención busca ante todo el bien sobrenatural de su hijo.

No quiero decir con esto de que no demos importancia a los métodos naturales de educación que se amoldan al buen sentido; la formación cristiana los comprende y los supone todos.

Deber de las madres que poseen alguna cultura será estudiarlos e informarse sobre ellos, ya que como dice el Santo Padre: "el maestro cristiano tome y aproveche cuanto de verdaderamente bueno en las disciplinas y métodos ofrecen nuestros tiempos, acordándose de lo que dice el Apóstol: "examinad sí, todas las cosas y ateneos a lo bueno".

Pero debemos creer que la madre cristiana, que comprende la grandeza de su misión y sus deberes, que con verdadero amor dedica su vida a la formación de sus hijos, contará siempre con la gracia de Dios en abundancia y de esta manera, unida ella a su intuición y natural buen sentido, la hará encontrar solución a los graves problemas que se le presenten.

Tomemos por ejemplo a la que invocamos con el hermoso título de "Madre Admirable" y sigámosla, en nuestras consideraciones sobre el Evangelio, en aquellos primeros años de la vida del Divino Niño en que Ella, tal como lo podemos hacer nosotras, cuidó y ayudó en su desarrollo natural al que poseía la sabiduría eterna y que, sin embargo, buscó nuestra naturaleza y se sometió a sus leyes por amor nuestro y que necesitó también de una madre, que le enseñara a decir su primera plegaria al Padre Celestial.

Doctora Luisa Jörissen

El movimiento litúrgico en Europa

Cuando comenzó en Europa lo que hoy día llamamos "Movimiento litúrgico", no se le denominó de esta manera, sino que se habló sencillamente de un movimiento católico. Se decía que una "ola católica" pasaba por el mundo, y todos se admiraban de esto, porque ya repetidas veces los filósofos y materialistas habían dado por muerta la Iglesia. Pero cuando menos se esperaba, es decir, durante la guerra mundial y aun ántes, en los tiempos de orgullo materialista que la precedieron, ella se manifestó con un brillo nuevo e inesperado de sus fuerzas perennes y de nuevas gracias. Los grandes golpes que la Iglesia debió sufrir bajo el pontificado de Pío IX habían pasado, y aún estaban ya casi olvidados, con la gran obra social, que habían hecho León XIII y sus célebres contemporáneos. Sin embargo, no fué esta época gloriosa con todos sus éxitos famosos en el terreno político, la que mereció el nombre de honor de "ola católica", sino la época de Pío X, colocada bajo el lema "instaurare omnia in Cristo". Lo que quería efectuar este papa, a quien en Roma el pueblo ya ha dado el nombre de santo, era que todos los católicos se dieran cuenta de nuevo, de las gracias preciosísimas que suministra la Iglesia. Y siendo la santa liturgia el medio por el cual se hace la administración y distribución de estas gracias, Pío X le dió a ella la más grande importancia. Su deseo era que los fieles conocieran la liturgia para aprovechar de la mejor manera posible, sus riquezas en general y para saber, qué gracias especiales poseemos, y cuáles se pueden aplicar a cada estado y a cada necesidad de la vida cristiana. Una de las primeras acciones de su pontificado fué la promulgación de su "Motu proprio", en que da instrucciones para cumplir con el culto divino. El quería que los fieles

asistieran a las funciones litúrgicas con actividad propia, no como espectadores mudos, ni en actitudes aún más pasivas. El deseaba que los fieles rezaran la Misa en vez de rezar en la Misa. La importancia central, que él dió a la santa Misa, es decir al sacrificio eucarístico, se expresa sobretudo en los derechos sobre la comunión diaria y la comunión de los niños. Sus estímulos y sus esfuerzos paternales despertaron en las almas católicas el anhelo de llevar una vida de verdadero hijo de Dios y hermano de Jesucristo, amparada por el cariño de la santa madre Iglesia, que quiere santificar todos los actos de cada uno de sus miembros.

Estos deseos del Santo Padre encuentran un terreno ya preparado, no sólo porque la liturgia, aunque no siempre comprendida por los fieles, se mantenía siempre en función, sino también porque ya había comenzado un movimiento, que tenía por objeto hacer más familiares a los fieles las manifestaciones litúrgicas.

En primer lugar tengo que nombrar la gran obra de la abadía de Solesmes en Francia, y de su célebre abad Dom Prosper Gueranger, conocido por su obra "El año litúrgico", que contiene explicaciones y meditaciones de la liturgia de cada día, y que consta de 15 tomos, editados en 1841. Antes de él ya habían escrito obras litúrgicas el obispo Sailer de Ratisbon con su libro "Espíritu y fuerza de la liturgia católica" y el Cárdenal Wiseman de Inglaterra con el suyo: "Oficios y ceremonias de Semana Santa". Estos sólo para nombrar algunos de los más grandes escritores de diferentes países. En Francia sigue siendo sobretudo la Abadía de Solesmes la que hace la propaganda y las explicaciones litúrgicas. En 1889 aparece el libro "Les Origines du Culte Chrétien" de Mons. Duchesne y en los comienzos de ese

siglo las conocidas obras de Batiffol y Festugiére. A mediados del siglo XIX los hermanos Wolter fundan en Alemania el convento y la congregación benedictina de Beuron después de haber hecho sus estudios y noviciado en Monte Cassino. El objeto principal de su fundación era cumplir con el culto divino con toda la perfección de la tradición benedictina. A pesar que durante los tiempos difíciles de Bismarck estos benedictinos fueron expulsados del país, su obra creció tranquilamente, aún cuando ellos no podían hacer propaganda alguna. Su perfección litúrgica ganaba los corazones de la gente sencilla del campo, que rodeaba el convento y también de la gente culta, hasta quienes llegaba poco a poco la fama extraordinaria de estos monasterios benedictinos. La misma Congregación de Beuron, a que pertenece también la abadía de María Laach en la Rhenania, se extendió luego hacia Austria y Bélgica, donde se fundó la célebre abadía de Maredsous. Allí escribieron sus excelentes obras Dom Columba Marmion, Dom Eugène Vandeur y Dom Germain Morin, gran sabio este último en cada rama de la ciencia eclesiástica. También en Inglaterra, a comienzos de nuestro siglo, los benedictinos atraen la atención de los católicos hacia el culto y su significación y eficacia divina. El más conocido de ellos es Dom Cabrol, abad de Farnborough.

Así, pues, vemos que ya existía una base, cuando Pío X, promulgó su Motu proprio y sus demás cartas y palabras en favor de la liturgia. Apoyados sobre las ideas, que expresaba el Papa, todos estos propagadores de la piedad y vida litúrgica podían continuar sus esfuerzos con mayor entusiasmo aún. A muchas personas, tanto a clérigos como a laicos les llamó la atención esta coincidencia del ideal litúrgico de tantos centros de vida eclesiástica con los deseos del Papa. Ya antes de su pontificado Pío X había practicado el apostolado litúrgico en sus diócesis, de manera que en aquellos lugares y también en Roma misma la acción tomó

nuevas fuerzas. En Bélgica fué sobretodo el Cardenal Mercier, quien recogió con el mayor entusiasmo las recomendaciones del Papa e inició con gran éxito la obra litúrgica tan floreciente hasta hoy día y de la cual hablaremos más adelante.

En varias partes fueron muy discutidas las disposiciones sobre la comunión frecuente y la comunión de los niños. Pero estas discusiones no iban en contra del Santo Padre, sino más bien servían para profundizar sus pensamientos. De este modo se estudiaron más y más los principios de la vida cristiana, basada y sostenida siempre por los sacramentos, es decir por la liturgia de la Iglesia. Como consecuencia del acercamiento hacia la Eucaristía, debía necesariamente llegarse a un mayor interés por la santa Misa, y con esto se abre la antrada al conjunto indisoluble de la liturgia. De aquí se explican los deseos de numerosos fieles de instruirse mejor en la enseñanza y vida de la Iglesia, lo que aún no les fué suficiente, sinó más bien sirvió para despertarles el anhelo del verdadero "sentire cum ecclesia", del verdadera vivir en la Iglesia y con ella.

Ya antes de que pasara un decenio las palabras del Papa habían producido sus frutos. En toda Europa y aún en Norte América había prendido el fuego de la santa liturgia. El desarrollo del movimiento tomó varias direcciones: hablaremos primero sobre los estudios de la liturgia que continuaron, en seguida sobre la participación activa que en ella tomaron los fieles y, por último, sobre la publicación de textos, traducciones y explicaciones.

Lo primero, que se impuso como una necesidad, según los deseos del Papa y de los fieles fué el dar facilidades al pueblo para que participara en la vida litúrgica con conocimiento de la misma. En Europa la mayor parte de los católicos tienen nociones elementales sobre la liturgia, adquiridas en la enseñanza religiosa de las escuelas y colegios, p. e., los tiempos del año litúrgico, los colores de los

ornamentos de las ceremonias para la administración de los sacramentos, no les son cosas desconocidas; pero la significación interior de todo esto, las relaciones prácticas que tienen todas las funciones litúrgicas con la vida del cristiano en este mundo, eso se había perdido en los siglos anteriores y era necesario resucitarlo de nuevo. Mucho sirvieron entonces las obras anteriormente nombradas; pero cuanto más se las estudiaban, tanto más se notaba, que no eran suficientes y que a menudo estaban fuera del alcance de los que se interesaban. Ellas suponían casi siempre conocimientos más o menos exactos de las ceremonias y de los textos mismos de la liturgia, lo que poca gente poseía. Comienza entonces la gran era de la vulgarización de los textos en forma que estuviesen al alcance de todos. Fueron traducidos los textos de las funciones principales y editados juntos con el texto latino original. Así aparecieron textos sueltos de las grandes fiestas, como ser la Semana Santa, etc. Toda esta producción existe hasta hoy día, extendiéndose y perfeccionándose cada año. Creo que también ya son conocidos aquí diferentes misales, p. e. el de dom Cabrol y el de Don Lefébre con traducción francesa, el de Schott con traducción alemana. **Existe gran número de misales en castellano: como el de Gubianas, los de Lefébre y de Cabrol, traducidos del francés, y el de los Hermanos Maristas.**

A los textos mismos se agregan siempre algunas explicaciones; pero ellas son más o menos cortas a causa del poco espacio de que se dispone. Por eso se publican además muchas obras de pura explicación con el objeto de aplicar a la vida cristiana lo que ahí se contiene.

Nacieron entonces los apostolados litúrgicos tan famosos y laboriosos, y que en pocos años realizaron un trabajo vasto y saludable. Me referiré ante todo al apostolado de la abadía de St. André en Bél-

gica, bastante conocido ya aquí en Chile. Allí se publican no sólo misales, textos y explicaciones y toda clase de literatura litúrgica, sino que también se propaga todo lo que puede dar a conocer y servir en la práctica de la santa liturgia. Editan materiales espléndidos de enseñanza, como ser cuadros e imágenes de todo tamaño, altarcitos en cartón con figuras móviles, etc. Se fabrican ornamentos y demás objetos del culto. Este apostolado quiere mostrar cómo el sentimiento litúrgico eclesiástico puede aplicarse a las funciones y los objetos de la vida diaria. Las pequeñas imágenes que publican, alusivas a los evangelios de los domingos y a los misterios que se celebran en las fiestas mayores, representan una idea que puede dar buenos frutos. Estas imágenes se reparten para poner en los misales y devocionarios, y sirven de explicación muy viva tanto para grandes como para chicos. Otro apostolado belga es el de Mont Vierge en Wépion, que tiene por objeto dar a conocer la aplicación de la gracia litúrgica a la vida de familia; es esta una nueva abadía de monjas bajo la dirección espiritual de Dom Eujene Vandeur. En España es principalmente el convento de Silos el que se ocupa de esta clase de publicaciones. También toma parte en este movimiento la abadía de Montserrat, estimulándolo con gran celo; ya en 1921 tuvo lugar allí un congreso litúrgico, donde la gran pedagoga italiana María Montessori desarrolló sus ideas y experiencias admirables sobre la educación litúrgica en los niños.

En Alemania los apostolados litúrgicos más notables son los de Beuron y María Laach. Aunque la obra de la congregación de Beuron me parezca admirable, conociendo yo, cuantas conversiones y cuanto verdadera y profunda transformación ha causado en el medio ambiente y aún en los no católicos, no quiero entrar en detalles sobre estos centros, ya que sus publicaciones son en lengua alemana, lo que es un gran obstáculo para su utilización en Chile.

Lo mismo pasa con el apostolado litúrgico popular de Klosterneuburg en Austria, obra ésta maravillosa de enseñanza para el pueblo y en general para las clases que no poseen mucha cultura.

Este último apostolado no es hecho por Benedictinos, sino por un Canónigo agustino, quien logró arrastrar todo su convento en su ayuda. Quien observe el desarrollo de este apostolado, no podrá dudar de que en verdad **todo** es posible con la gracia de Dios, y una voluntad firme. También las demás órdenes de la Iglesia, participan más y más en la acción litúrgica. Existe gran cantidad de libros muy hermosos escritos por autores jesuitas, como por ejemplo, los debidos al R. P. Kramp, en Alemania; y a los dos Padres Jesuitas, que organizaron el retiro litúrgico, de Manresa en 1929.

Hay centros dominicanos y franciscanos muy activos; y casi todas las órdenes colaboran en una u otra forma.

A pesar de todo esto, los fieles todavía quedaban mudos en la mayor parte de las funciones litúrgicas, mientras el Papa deseaba que hicieran lo contrario, es decir, que tomaran parte activa, no sólo espiritual, sino también exteriormente. Con este objeto, se comenzaron funciones de enseñanza práctica, ya sea del canto litúrgico prescrito por los Papas, o de recitar misas, vísperas o completas dialogadas y embellecer el culto divino en todas sus formas litúrgicas. Como centros predestinados de esta formación, se presentaron los monasterios, donde se realizaron días y semanas de verdadera vida litúrgica con el fin de facilitar a los fieles el penetrarse a fondo del conocimiento y sentimiento íntimo de la vida de la Iglesia. De este modo muchas personas participaron en la liturgia de la Semana Santa o de otras fiestas mayores. Se aprovecharon también estas ocasiones para hacer estudios especiales. Luego se vió que la participación en estas funciones se proporcionaba casi solamente a las clases acomodadas entonces, para evitar que la piedad litúrgica apareciera como privilegio de algún de-

terminado grupo social, muchos párrocos comenzaron a organizar la vida litúrgica en sus propias parroquias. El movimiento litúrgico les había hecho sentir, además, la necesidad de realizar el verdadero sentido social, propio de cada parroquia; y vieron que la vida litúrgica lo realizaba esencialmente. Así introdujeron en las organizaciones parroquiales y los patronatos esta vida litúrgica, empezando la enseñanza por medio de pláticas dominicales, conferencias y círculos de estudios especiales, y continuando por la litúrgica practicada por cada comunidad parroquial. Estos esfuerzos produjeron cada vez nuevos e inesperados frutos. Muchos curas que se desesperaban con la falta de idealismo y de entusiasmo religioso de sus parroquianos, se admiraron luego del desarrollo que tomó la vida católica, estimulada por la gracia litúrgica. Aumentó ante todo la devoción y número de las comuniones, cuando se enseñó a la gente cómo debían comulgar dentro de la misa, para realizar la unión verdadera con el sacrificio de Cristo, ejemplo y estímulo de los sacrificios diarios, que exige la vida cristiana. Otra sorpresa era el aumento de las limosnas, y del dinero del culto, cuando se les había puesto en relación con la participación a la misa. Se notó también mayor paz y amor entre los miembros de la parroquia, sobretodo entre los niños; mayor asistencia a todas las funciones parroquiales y a las católicas en general, y, por último, lo que es tal vez lo más importante, el desarrollo de un gran espíritu de apostolado en los laicos, quienes pasaron a ser la ayuda más eficaz en el vasto trabajo de los curas.

De nuevo encontraremos en Bélgica, el mejor ejemplo de la vida litúrgica practicada; los Obispos se han interesado por esta acción y han recomendado a los párrocos que aprovechen y sigan los consejos pontificios, interpretados ya por los conventos monásticos. En todas las regiones del pequeño estado belga encontramos centros litúrgicos, especialmente

bendecidos y alentados por los Obispos. Así en Brujas, Bruselas, Lieja, Namur, etc. Muy luego, esta organización tuvo imitadores en Francia, donde el Cardenal Dubois le prestó toda consideración. Aunque el movimiento no ha sido tan completo ni tan perfecto como en Bélgica, no ha dejado de tener éxito. Al principio sólo se notó en las ciudades cerca de la frontera belga, como ser Lille y otras; pero luego se extendió hacia París y Lyon, donde comenzó a despertar el interés por la liturgia, vivida en la comunidad parroquial. Igual resultado tuvo esta acción en Alemania y en Suiza; la vida católica aumentó rápidamente, tanto en las grandes ciudades católicas, como Colonia y München, y las de las regiones industriales de Essen y Düsseldorf, como también en los centros de la incredulidad, como Berlín y Leipzig. Experiencias iguales se hicieron en los campos: conozco parroquias suizas que se han renovado verdaderamente por medio del entusiasmo litúrgico.

Ahora quiero referirme a Italia, donde la juventud católica organizada, se encargó especialmente de aplicar a las tareas parroquiales, toda la ayuda que puede prestar la liturgia. No podemos hablar del movimiento litúrgico en Italia, sin nombrar con la mayor veneración a Dom Ildefonso Schuster, Cardenal de Milán, y antes Abad de San Pablo en Roma, quien tiene la fama más acreditada de propagador de la liturgia.

Tal vez parezca a primera vista algo pesado a los sacerdotes, el extender la liturgia de esta manera, dado los esfuerzos que requiere el enseñarla y practicarla, además de todo lo que ya tienen que hacer. Al menos así lo han manifestado varias veces en Europa, antes de empezar esta tarea; pero una vez practicada la liturgia, muy luego han visto el socorro que por su naturaleza ella presta al cura. Debemos agregar, por otra parte, que en el Viejo Mundo existen organizaciones especiales, que se encargan de esta propaganda; los apostolados y publicaciones, que ya hemos

nombrado, están continuamente formando los espíritus, por medio de sus revistas. Conocido es aquí el "Bulletin Paroissial" de St. André de Bélgica. 1) Por el estilo son "Biblia y Liturgia" y las hojas de propaganda litúrgica de Klosterneuburg en idioma alemán. Estas publicaciones están llenas de consejos para la práctica litúrgica. En Alemania se ha encargado de este movimiento católico especialmente la "Asociación de Universitarios Católicos", incansable en su edición de libros, y en la organización de toda clase de funciones como conferencias, círculos de estudios, semanas litúrgicas, con el fin de enseñar y profundizar esta actividad.

Me parece honroso poder decir que las mujeres no se han quedado atrás en aprovechar las ocasiones de ayudar en el sentido litúrgico en los diferentes ramos apostolado litúrgico parroquial. En muchos países de Europa encontramos asociaciones y congregaciones de niñas y mujeres que tienen por objeto vivir la liturgia por medio de una vida en lo posible común. Digo "en lo posible" porque la gracia y el agrado de esta vida común no es su principal objeto, sino solamente una base sólida, para su apostolado exterior, que tiende a conducir las almas hacia su salvación. Sólo quiero nombrar algunas de estas agrupaciones como "Les Filles de l'Eglise" y el "Monasterio de Mont Vierge", en Bélgica y en Francia; las "Hermanas de Sta. Lioba" y la "Societa religiosa" que trabajan en Alemania.

Por último debo decir, que se han fundado en diferentes países asociaciones de sacerdotes con el fin de ayudarse y de perfeccionarse mutuamente, en esta actividad tan santa por su naturaleza y tan deseada por los papas.

Vuelvo a mi punto de partida, en el cual

(1) En esta revista se publicó en los años pasados una. "Historia de la Liturgia", cuyo capítulo XXIX trata de "el movimiento litúrgico actual" más detalladamente de lo que podemos hacer en este trabajo.

he mostrado la iniciación, que el Santo Padre Pío X dió al movimiento litúrgico. No murieron con él sus ideas y deseos, sino que Benedicto XV, en medio de sus ocupaciones tan graves en los tiempos de la terrible guerra, tuvo ocasión de estimular la liturgia. Tenemos que agradecer a él varias innovaciones importantísimas como las tres misas del día de difuntos y dos prefacios de gran belleza. No necesito insistir sobre los deseos del Santo Padre actual, quien tan-

tas veces recomienda y ordena la consideración atenta de la liturgia. Sus encíclicas y el gran número de cartas de carácter más privado, dirigidos a personas que colaboran en el apostolado litúrgico nos muestra, que él considera este apostolado con cariño no menor a la atención, que él da a la llamada "acción católica", a la cual el mismo Santo Padre, Pío XI, considera no poder dar una base más sólida que la de una vida y acción litúrgicas.

Dr. José Massarette

El Concordato del Reich Alemán

El 9 de julio, después de cortas tramitaciones, fué redactado el Concordato entre la Santa Sede y el Gobierno Alemán. Un importante acontecimiento histórico, pues con este tratado se arreglaban las relaciones del Reich con la Santa Sede por primera vez desde la formación del Imperio Alemán. El vicescanciller, señor von Papen, que estaba encargado por el gobierno de las negociaciones en Roma, envió al presidente el siguiente telegrama: "Tengo el gusto de comunicarle que hoy, después de difíciles negociaciones, se ha llegado a redactar el Concordato. Estoy seguro que la celebración de este tratado traerá mucha paz interna al pueblo alemán, tanto por la unidad de la Iglesia como por delimitación de las mutuas competencias. Me complace de haber podido contribuir a reconstruir la nueva Alemania sobre la autoridad adecuada de la Iglesia y del Estado".

Después de firmado el Concordato, el señor Von Papen dijo, entre otras cosas, ante la prensa, lo siguiente: "El liberalismo impulsó hacia una separación de la Iglesia y el Estado y originó en realidad una guerra entre ambos. Durante su imperio, la Iglesia y el Estado no sólo se separaron, sino que se enemistaron. Sólo con las nuevas teorías políticas que se desarrollan en Alemania, resulta ahora posible, un trabajo **unido y ventajoso** entre la Iglesia y el Estado. El Estado nacional-socialista quiere colocar al pueblo alemán sobre cimientos completamente nuevos, para los cuales las enseñanzas cristianas y sus Iglesias son absolutamente indispensables. Es por lo tanto muy natural que con el triunfo de la revolución nacional-socialista se haya tratado inmediatamente de llegar a un entendimiento honrado y sin prejuicios con las iglesias cristianas, que antes de la revolución nacional socialista hubiera sido imposible. El Vaticano se acercó sin titubear a firmar el contrato con la Nueva Alemania, convencido que el combatir

el bolchevismo y el movimiento de los ateos es una tarea de importancia vital y que la Iglesia debe ayudar a todo el que se dedique a ella".

Seguramente que el Cardenal Secretario de Estado Mons. Pacelli, que conocía tan bien las relaciones del Reich, ha firmado con placer (20 de julio) este importantísimo documento, en el cual se estipula claramente las obligaciones del Estado de apoyar y proteger la levantada misión de la Iglesia. A fin de "regular para siempre las relaciones de la Iglesia Católica con la totalidad del Reich en una forma satisfactoria para ambos lados", celebraron este tratado el Papa y el presidente del Reich. El artículo dice: "El Imperio alemán garantiza la libertad de confesiones y el ejercicio público de la Religión Católica. Reconoce a la Iglesia Católica dentro de los límites de las leyes válidas para todos, el derecho de reglamentar y administrar sus asuntos en forma autónoma, y emitir, dentro del marco de su competencia, instrucciones y leyes para sus miembros". Los Concordatos firmados en 1924 con Baviera, en 1929 con Prusia y en 1932 con Baden continúan subsistiendo. Por el artículo 4 se asegura la libertad para publicar órdenes, advertencias, y cartas pastorales. Las actividades apostólicas de los sacerdotes seculares y de órdenes religiosas quedan bajo la amplia protección del Estado. La Iglesia tiene fundamentalmente el derecho de proveer los cargos eclesiásticos y beneficios sin intromisión del Estado o de algún municipio. Las Ordenes y Comunidades religiosas no están sometidas a ninguna limitación respecto a su función, su establecimiento, al número y características de sus miembros, sus actividades apostólicas, en la enseñanza, en el cuidado de los enfermos y en su trabajo de caridad, en el orden de sus ocupaciones y en la administración de sus bienes. Ninguna de esas prohibiciones que antes da-

ban motivo a duros combates entre los partidos católicos y los gobiernos de los diferentes estados alemanes. Por el Concordato se regulan los servicios que el Estado presta a la Iglesia, y se reconoce a éstos en el carácter de obligaciones.

Conforme al artículo 21 la enseñanza de la religión en las escuelas públicas, profesionales, de educación secundaria y superior, es reconocida como la de un ramo importante y se da conforme a los deseos de la Iglesia Católica y de acuerdo con los fundamentos de su doctrina. En la enseñanza católica se tratará con cuidado especial de formar en los alumnos la conciencia de sus deberes políticos, cívicos y sociales dentro del espíritu de la doctrina moral católica y conforme al espíritu del conjunto de la enseñanza escolar. Las autoridades civiles y religiosas se podrán de acuerdo sobre la elección de los textos, de los ramos que se deberán enseñar y de los profesores.

A los acuerdos más importantes pertenecen los artículos 23, 24 y 25. El primero dice: "La conservación y creación de escuelas confesionales queda garantizada. En cualquier lugar en que los padres o profesores estimen necesario se crearán escuelas públicas católicas, siempre que haya un número conveniente de niños, que se reúnan las condiciones exigidas por la organización escolar de la región y se cumpla con los reglamentos del Estado sobre las escuelas". El art. 24 agrega: "En todos los colegios católicos (Escuelas Públicas) sólo serán profesores los que pertenezcan a la Iglesia Católica y den garantía y correspondan a las necesidades y exigencias de las escuelas confesionales. Dentro del marco de la educación profesional de los profesores, se crearán organizaciones que garanticen la formación católica de los profesores que correspondan a las exigencias de las escuelas confesionales". El art. 25 insiste en el derecho que tienen las órdenes y congregaciones religiosas de fundar y dirigir colegios privados. De gran importancia es el artículo 31: "Aquellas organizaciones o asociaciones católicas cuyos fines son exclusivamente religiosos,

culturales o caritativos y que como tales están bajo la autoridad de la Iglesia, serán respetadas en su organización y actividad. Aquellas organizaciones católicas que, además de fines religiosos, culturales o caritativos, sirven a otros fines, como por ejemplo sociales o profesionales, salvo perjuicio de las organizaciones del Estado, gozan de la protección del artículo 31 párrafo 1, siempre que den garantía de desarrollar sus actividades fuera de algún partido político. La determinación de las organizaciones y asociaciones que caen bajo este artículo será convenida entre el Gobierno y el Episcopado alemán. El Reich y los diferentes Estados tendrán cuidado que los miembros de sus asociaciones de portivas o cualquiera organización de juventud, cumplan con sus obligaciones religiosas los domingos o festivos y no se les podrá dificultar en ningún caso, ni condiciones que vayan en contra de sus convicciones y deberes".

Con respecto al tema "El clero y la política", dice el artículo 32: "En vista de las condiciones existentes en Alemania, de las determinaciones del presente concordato, de las seguridades creadas y de los derechos y libertades de la Iglesia Católica en el Reich y en sus diferentes Estados, dispensa la Santa Sede a los sacerdotes y a los que pertenezcan a órdenes religiosas ser miembros de partidos políticos y adherirse a las actividades de los mismos". Según el Art. 33, las personas de la Iglesia y las cosas que se refieran a ésta y que no hayan sido tratadas en los diferentes artículos del Concordato caen bajo las normas del derecho canónico vigente.

Con motivo de la celebración del Concordato y a nombre de la conferencia de los Obispos de Fulda, el Cardenal Dr. Bertram, Príncipe Obispo de Breslau, hizo saber al canciller Adolfo Hitler que el episcopado de todas las diócesis de Alemania le ha manifestado que está pronto para trabajar junto con el Gobierno existente, que da impulso a la educación cristiana del pueblo, que combate el ateísmo y la inmoralidad y que ha colocado como directivas de su obra el espíritu de sacrificio para bien de la comunidad y la pro-

tección de los derechos de la Iglesia. El armonioso trabajo de conjunto que realizan la Iglesia y el Estado para alcanzar estos altos fines encontró una feliz expresión en el Concordato del Reich. Para terminar, escribe el representante de la Conferencia de los Obispos: "con un agradecimiento profundo y de corazón por la rápida realización de la unión de estas grandes potencias, expresa también el Episcopado su anhelo de que por ambos lados se facilite el cumplimiento del concordato a fin de que le sea más fácil a la Iglesia desarrollar sus fuerzas para impulsar la fe, las buenas costumbres y la obediencia a la autoridad constituida".

Desgraciadamente muy luego después de firmado el Concordato aparecieron en Roma y en Berlín diferencias de apreciación en algunos puntos muy importantes. El 26 de julio traía el "Osservatore Romano" un artículo muy digno de mencionarse, con el siguiente título: "Ai margini del Concordato fra la Santa Sede e il Reich Germanico", y a continuación apareció otro más breve el 27 de julio titulado: "Ancora a propósito del Concordato fra la Santa Sede e la Germania". El primero está encabezado con estas palabras: "Séame permitido observar que algunos diarios católicos alemanes, seguramente sin mala intención, al dar a conocer los orígenes del Concordato y la historia de su negociación, que por lo demás no había sido publicada aún como también al interpretar algunos artículos del Concordato, no lo han hecho estrictamente conforme a la verdad".

El diario del Vaticano quiere ante todo recordar, "que el Código de Derecho Canónico es la base fundamental y la forma jurídica más importante del Concordato, que sigue paso a paso cada una de sus determinaciones. Además una disposición espresada en el artículo 33 determina, que aquellas materias referentes a personas o cosas de la Iglesia que no fueron tratadas en los diferentes artículos serán resueltas conforme al derecho Canónico. Esto no sólo significa un reconocimiento oficial de la legislación de la Iglesia, sino también una admisión de muchos puntos de

la misma legislación y una protección para los bienes legítimos de la Iglesia".

Frente a ésto dice la contestación semi oficial del Wolff-Bureau "de fuente bien informada", fechada en Btrlin el 28 de julio "Causa asombro que el autor del artículo se crea en la obligación de afirmar que el Codex iuris cononici es la base y la forma jurídica fundamental del Concordato y que completa cada una de sus determinaciones. El Concordato regula las relaciones de derecho entre el Reich alemán y la Iglesia Católicoromana. Sólo para el dominio interno de la Iglesia y para completar se hizo alusión al derecho canónico vigente..." Es por lo tanto absurdo que en las relaciones no estipuladas en el Concordato entre el Estado y la Iglesia, el Reich se someta en algún modo a la legislación eclesiástica. Lo lógico sería justamente lo contrario.

También la interpretación de las disposiciones del Concordato acerca de la educación de la juventud parecen ser diversas por una y por otra parte. Después de reproducir el texto del art. 21, el "Osservatore Romano", lo resume en los puntos siguientes: 1.º Se acentúa y se reconoce que la clase de religión en todos los grados de la escuela, desde la primaria hasta la superior, es considerada un ramo obligatorio. 2.º—Esta enseñanza será dada conforme a los principios de la Iglesia Católica. 3.º Como parte de la enseñanza, se tendrá especial cuidado de formar en los alumnos la conciencia de sus deberes políticos, cívicos y sociales dentro del espíritu de la doctrina católica y de las leyes morales, lo mismo que se hace en la totalidad de la demás enseñanza. En otras palabras: el amor a la patria es ordenado y regulado por las normas de la fe y de los mandamientos de Jesucristo, siguiendo las normas del Evangelio cuyas leyes son de justicia y amor".

El "Wolff Bureau" considera que las interpretaciones del órgano oficial del Vaticano pueden dar origen a malentendidos. Pone en tela de juicio el derecho del contratante eclesiástico "de revisar el Concordato bajo el punto de vista confesional y dogmático".

¿Desea tal vez el Estado nacional-socialista saber cuales son las doctrinas de la fe católica en materia de educación cívica y moral? Por medio del "Wolff Bureau" anuncia, además, que en ningún caso se le otorgó a la Iglesia el derecho de tener escuelas confesionales para profesores.

Tocante al artículo 32, sobre el cual la Santa Sede publica determinaciones correspondientes a que a los sacerdotes y miembros de órdenes religiosas les está prohibido tener actividades en partidos políticos, acentúa el "Osservatore Romano" que estas medidas han sido expresamente fundadas sobre la base previa de haberse "asegurado los derechos y las libertades de la Iglesia Católica y de encontrarse preservada dentro de la legislación del Reich y de los Estados".

El "Wolff Bureau" responde: "Una interpretación completamente falsa experimenta el artículo 32 cuando a su fundamento se le da el carácter de condicional. . . Pudiera ser que un buen día la Iglesia tratara de retirar esta prohibición fundándose en que las condiciones han variado lo que sería igual cosa que anular las bases del Concordato. En el N.º 176 del 29 de julio escribe el "Osservatore Romano": "Monseñor Egon Schneider, Profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Munster ha publicado en "Germania" (N.º 203) un comentario al art. 32 del Concordato. Habla en él también de la entrada de sacerdotes al Parlamento de manera que produce la impresión de que el artículo que menciona ha tratado de un asunto semejante. En todo caso no está demás repetir y subrayar que el Concordato no dice nada sobre esta materia, ya que no es imposible que los sacerdotes sean miembros independientes del Parlamento, es decir que no pertenezcan a ningún partido político.

Interesante es la siguiente afirmación del diario papal (27 de julio): "En algunos comentarios de diarios, se ha manifestado que el hecho de celebrarse un Concordato entre la Santa Sede y Alemania significa la renuncia a la actitud hasta ahora observada por la Santa Sede frente a las diferentes formas de

gobierno y por el contrario quiere ser la aprobación o reconocimiento de determinadas doctrinas o ideas políticas. Semejante afirmación requiere una inmediata aclaración. No está demás recordar que en la práctica la Santa Sede habría tratado con los diferentes Estados, como tales, para asegurar los derechos y libertades de la Iglesia. Ninguna otra consideración o circunstancia ha sido tomada en cuenta. Las diferentes Constituciones de los Estados son asunto interno de cada uno de ellos, quedando siempre a salvo los derechos de Dios y de la Iglesia. Se trata de un asunto tocante a los pueblos libres en particular, que dentro de un buen orden cívico pueden elegir para sí aquella forma de gobierno que sea más a propósito para el bienestar y el progreso del Estado. Mientras tanto, la Iglesia, por su parte, procura desarrollar con mayor facilidad su misión divina y entra en negociaciones con los Estados, con el fin de llegar a un arreglo justo en las relaciones de ambas potencias; todo lo cual redundará en favor de la paz religiosa y del bienestar de los pueblos".

Del otro lado no comparten con este concepto. La respuesta dice: "Particularmente protesta el autor del artículo contra el hecho de que la celebración del Concordato signifique un reconocimiento de las tendencias nacional socialistas, o sea, que el Concordato haya sido celebrado con el Reich Alemán, por hallarse inspirado en tales principios. Prescindase de cualquiera consideración u opinión importante de otra naturaleza que no sea la seguridad de los derechos y de las libertades de la Iglesia. El hecho es que resultó la celebración del Concordato con el Presidente del Reich Alemán. El Reich Alemán está completamente dominado por las tendencias nacional socialista, lo que no deben ignorar algunos articulistas en Roma. La celebración del Concordato significa, por lo tanto, el reconocimiento real y justo del gobierno nacional socialista".

Pero, por muy expreso que hubiera sido el reconocimiento de los principios, fines e ideales de los dirigentes del tercer Reich, no

se sigue de allí la forzosa celebración de un Concordato.

Contrariamente a la noticia esparcida por los grandes diarios, de que el Santo Padre negaría su firma, ya que la actitud de los dirigentes del tercer Reich no le agradaba, se siguió el 10 de Septiembre la ratificación del Concordato.

El "Osservatore Romano" (11-12 Sept.) trae las siguientes informaciones: "El canje de los documentos de la ratificación entre la Santa Sede y el Reich Alemán tuvo lugar ayer Domingo en la tarde. Antes del canje presentó la Santa Sede oralmente y por escrito una exposición al Gobierno del Reich sobre varios puntos correspondientes a la interpretación del Concordato y la aplicación del mismo hasta ahora. Estos puntos se refieren especialmente a la existencia, a la actuación y

a la protección de ciertas organizaciones católicas, como también a la libertad pública de los católicos alemanes, y la prensa católica, para poder exponer y explicar las enseñanzas y fundamentos de la fe y de las leyes morales católicas. El gobierno del Reich explicó a la Santa Sede, que estaba dispuesto a tratar inmediatamente sobre dichos puntos para llegar a un acuerdo mutuo que corresponda al texto y el espíritu del Concordato".

En la proclama del Canciller del Reich al pueblo alemán, que leyó solemnemente en Nüremberg el Ministro de Estado bávaro Adolfo Wagner, al celebrar el día del Partido Nacional Socialista, se dice: "Aspiramos a la confianza del pueblo". Es indudable que sólo se puede ganar la confianza de millones de católicos alemanes, si se cumple de manera íntegra el Concordato.

Julio Jiménez B., Pbro.

Mauricio de la Taille, S. J.

30 XI 1872—22 X 1933

¡Murió el padre de la Taille!

Un cablegrama, terrible y breve, dió la trágica noticia: el cuerpo alto, esbelto, de noble y simpático rostro de grandes ojos negros encuadrado por cabellos blancos; el magnífico instrumento que daba una sensación de algo no terreno, casi espiritual, cayó destrozado por la fulgurante energía de la mente, arrebatada en síntesis más propias de ángeles que de espíritus a la materia.

Esta muerte, en plena madurez intelectual, del que muchos consideran el más grande de los teólogos modernos, hace pensar con melancolía en ese trágico destino de grandes teólogos que no han alcanzado a producir todo lo que de ellos esperaba la Iglesia; a los cincuenta años murió el Angélico, sin terminar su obra máxima, y mucho más joven, Escoto, parece que el ansia por contemplar lo imprevisto, por hallar la respuesta única a su única pregunta — ¿quién es Dios? — hubiera disuelto las ligaduras que los separaban de la Visión.

No es despropósito haber citado seis grandes nombres: en el P. de la Taille, formado sólidamente — a los Jesuitas, — gran erudito, metafísico de principios amplios como el mundo bebidos en pura fuente timista, conocedor profundo de la Escritura, los Santos Padres y toda la literatura eclesiástica, talento original y agudísimo de un poder sintético propio del genio, corazón de santo: todo hacía de él un teólogo de los que marcan época aparte en la historia del Dogma.

Maurice de la Taille, nacido en Turs el 30 de noviembre de 1872, entró a la Compañía de Jesús en 1890 e hizo su noviciado en Inglaterra, en Cantorbery (1): allí comenzó la

íntima unión, hasta la muerte, con sus grandes amigos los PP. Léonce de Grandmaison, muerto en 1927 y Jules Lebreton, único que nos queda de estos tres grandes nombres de la Compañía, del Catolicismo en Francia. Sacerdote a los 27 años y destinado a los estudios teológicos, hizo el Magisterio en Saint Hallens (Inglaterra) y después comenzó en la Facultad Teológica de Angers un fructuoso profesorado, que sólo terminó en 1915, llamado a la defensa de la Patria como capellán del Ejército Canadiense. Mientras era profesor combatió al Modernismo, antes y después de la Encíclica, con magníficos artículos publicados en "Etudes" (2) y, como resultado de su cursos, ya en 1910 (3) tenía preparado el *Mysterium Fidei* que dejó terminado en 1915, poco antes de partir al frente; pero la Guerra y dificultades de las casas editoras retardaron hasta 1921 la aparición de la magna obra, que un prelado y teólogo eminente saludaba como una de esas que sólo aparecen con siglos de intervalo y que abren otra etapa a la Teología. En 1920 fué enviado a Roma como profesor de Teología Escolástica en el Curso de Magisterio de la Universidad Gregoriana, donde también tenía a su cargo, hasta 1929, el curso de Filosofía de la Academia de Sto. Tomás.

Su producción literaria se acrecentó enormemente después de publicado el *Mysterium Fidei*: en 1924 apareció *Esquisse du Mystère de la Foi*, ed. Beauchesne, resumen en cincuenta páginas de las grandes líneas de MF, acompañado en diversos estudios eucarísticos, algunos ya publicados en revistas; porque eran innumerables los que mandaba, especialmente a "Recherches de science religieuse", a "Gregorianum" a "Revue Apologetique" y a algunas de habla inglesa; principal-

(1) Muchos de estos datos los debo y agradezco a mi amigo Manuel Larraín E., quien los obtuvo de la cuñada del Padre, Sra. Elisa Walker de de la Taille.

(2) 109 (1906) 607-626; 113 (1907) 645-669.

(3) Ofr. ANGER, *La doctrine du Corps Mystique*, Paris, 1929, p. 14.

mente eran de materias eucarísticas (4); pero, fuera de numerosas deseñas en que siempre insinuaba interesantísimas observaciones (5), hay artículos sobre los más diversos puntos de Teología; por ejemplo *Actuation créée por acte incréée* (6), estudio de las uniones Hispostática, de la Gracia y de la Gloria, y *Sur diverses classifications de la science divine* (7) en que rechaza por antropomórfica toda ciencia divina incompleta, indeterminada, en formación: su potencialidad repugna en el Acto Puro; por tanto no se puede atribuir a Dios una ciencia de simple inteligencia que no incluya, que deje en suspenso, si el posible A va a existir o no y que por lo mismo en cuanto a esto necesite ser completada, determinada por la ciencia de visión; lo mismo hay que decir de la ciencia media: en Dios no puede darse conocimiento de futuribles suspensivos, o sea, que se conozcan sin incluir su existencia o no existencia absoluta. Luego sólo dos ciencias podemos atribuir a Dios con verdad: la de visión, para todo lo que existirá alguna vez y la de simple inteligencia, únicamente para lo que nunca va a existir (no incluye, por tanto, los objetos de la ciencia de visión). El conocimiento del mal no lo tiene Dios como causa (así conoce el bien), sino precisamente en cuanto no causa: "conoce el bien, en relieve; el mal, en hueco" (8).

(4) Todos los artículos eucarísticos no incluidos en el libro "Vindiciarum" agregado en la 3a. ed. de M. F., han sido reunidos en el libro: M. DE LA TAILLE, *The Mystery of Faith and Human Opinion contrasted and defined*, ed. Sheed y Ward, Londres.

(5) v. gr. la de BITTREMIEUX, *De Mediatione Universali M. B. Virginis quad gratias*, en "Gregorianum" 8 (1927) 137-140.

(6) "Recherches de science religieuse" 18 (1928) 253-1 258; cfr. *Entretien... sur la grace d'union* "Revue Apologetique" 1929, 1-26. 129-145.

(7) "Rech. de sc. relig." 13 (1923) 7-23; en pp. 528-535 la crítica DE LANVERSIN y a continuación responde el P. DE LA TAILLE.

(8) No tengo a la vista este artículo; hablo

A veces salía el campo estrictamente dogmático; pasando al moral como en sus artículos de prensa sobre cuestiones políticas En *face du pouvoir* y en artículo *Insurrection del Dictionnaire Apologetique de D. Alés*; o al terreno de la Mística, en su precioso opúsculo *L'Oraison Contemplative* (9), cuarenta páginas escritas a pedido de su amigo el P. de Grandmaison y que son, al decir de Bainvel (que las combate) "un poderoso esfuerzo — el más potente que conozco — para abarcar en una síntesis definitiva la experiencia de los místicos y los principios del teólogo" (10).

Los últimos días del P. de la Taille estuvieron amargados por la imposibilidad de poner término a su segunda grande obra, a su Tratado de la Gracia; él que se había visto abrumado por cartas de gratitud de preladados, teólogos y simples lectores de su *Mysterium Fidei* y que, por tanto, sabía cuánto bien había hecho, seguramente sospechaba los grandes frutos que podría producir la nueva obra. A pesar de que sus superiores — como nadie convencidos de la importancia enorme que para la Iglesia tenía la terminación del Tratado — le dieron todas las facilidades imaginables y extremaron los recursos para prolongar tan preciosa vida; y a pesar de los esfuerzos del mismo Padre, mil veces más amante de la Verdad que de su propia existencia, la obra no alcanzó a ser terminada; siquiera poco le falta y el precioso manuscrito quedó en la Universidad Gregoriana, que posee teólogos como el P. Boyer y otros, capaces de editar dignamente la obra (completándola en lo que sea necesario) y de respetar lo que escribió el genio (haciendo la de-

de él por apuntes tomados hace años y, según me parece, no inmediatamente después de la lectura; no me atrevo, por eso, a decir que reflejo exactamente las ideas del Padre; por lo demás, es imposible, en pocas líneas, seguir todo su raciocinio y señalar bien los matices.

(9) ed. Beauchesne, 1921; publicado antes en "Rec:h. de Sc. Rel." 9 (1919) 273-292.

(10) POULAIN, *Les Grâces d' Oraison* ed. 1922, p. LXII.

bida distinción entre lo agregado y lo que se debe a la pluma del P. de la Taille). La originalidad de esta obra se puede ya presumir por lo que había escrito sobre la ciencia divina y por la misma personalidad del Padre: seguramente ha alcanzado una de esas síntesis que acostumbra y en que todos los datos tradicionales, aparentemente opuestos, hallan debida colocación y se unen y completan mutuamente, iluminándose todo de simplicidad y coherencia dignas de Dios; además, es seguro — dada su tendencia bien manifiesta en *Mysterium Fidei* — que devuelve a la Gracia Santificante y a la doctrina de Cristo Místico el lugar predominante que les corresponde y que las luchas de escuela han desplazado un poco. Un teólogo eminente, especialista en Gracia, que hace años había leído lo ya escrito, decía que este Tratado estaba llamado a mucho mayor resonancia que el *Mysterium Fidei* y a producir también mayor renovación; porque, agregaba, el P. de la Taille es de los que, por donde vayan, abren camino.

Además de estas actividades de escritor, mencionemos siquiera sus frecuentes sólidas predicaciones, entre las cuales llevaban la palma los sermones sobre Sta. Juana de Arco, la más pura encarnación de las viejas glorias de la Francia católica.

Si es imposible resumir la grandiosa construcción del *Mysterium Fidei* (II), tampoco sería posible terminar estas páginas sin intentar siquiera dar sus grandes líneas y señalar algunas de sus excelencias. Lo escribió declara en el prólogo, “no tanto para discutir como para exponer con claridad; ni tampoco para

(11) *Mysterium Fidei*. De augustissimo Corpore et Sanguinis Christi Sacrificio atque Sacramento elucidationes L in tres libros distinctae auctore MAURITIO DE LA TAILLE, S. J., Beauchesne, 1921. en 4.^o grande, XVI-666 pp., a dos columnas; 2.^a ed., 1924, con pequeños agregados, pero paginación idéntica; lo mismo la 3.^a aparecida a principios de 1932, que además tiene un cuarto libro “vindiciarum”, adaptación de algunos artículos polémicos publicados en diversas revistas.

aguzar los ingenios, ni para adornarlos con la alabanza de la erudición, sino para que sea edificada la fe y se enriquezca la inteligencia de la fe, para percibir toda la utilidad del don de Dios: “Para alabanza de la gloria de su gracia...” porque la teología es cierta ciencia especulativa de la verdad revelada, pero en tanto revelada en cuanto conduzca al fin de fomentar la piedad. Por lo cual el Apóstol Pablo la llama “conocimiento de la verdad que es la piedad”. Por consiguiente no tiene lugar alguno en la teología lo inepto para fomentar la piedad”. (p. VIII). Y en realidad, la unción de este libro hace recordar las célebres páginas de Lesio en su *De perfectionibus moribusque divinis*: “para escribirlo era necesario todo el hombre, y sirve para lectura espiritual y meditación tanto como para el estudio. El autor ha puesto, al escribirlo, toda su piedad, todo su deseo de edificar a los sacerdotes que lo lean y a los fieles a quienes los sacerdotes participen del fruto de su lectura” (12).

Nada tiene de sistemático o sea de artificialmente ordenado o de asentado en hipótesis y apriorismos; pero en todo él reluce la organicidad de un cuerpo doctrinal “coherente sí, como es coherente la verdad, cuyos elementos no pueden pugnar entre sí y cuando estamos en materias necesarias no puede desaparecer ninguno sin que desaparezca el otro, de modo que si mueves una sola piedra lo echas todo abajo” (p. VIII); articulación orgánica ampliamente proclamada por el mismo autor: “si en este libro encuentras (articulación orgánica) sábetelo que no me arrepiento de ello, más aún, me confieso por reo, de modo que pienso que ninguna parte del libro puede ser perfectamente entendida por quien no lo leyere todo (p. IV)”. No voy a insistir en este punto — que bien lo merecería — porque es imposible comprenderlo en toda su verdad para quien no lo haya comprobado en el mismo libro y visto como todo se aclara mutuamente y, sin necesidad de re-

(12) J. M. HANSSSENS en “Gregorianum” 3 (1922) 308.

currir a cada paso a nuevas teorías particulares, basta un solo principio para desenmarañar los más difíciles problemas como, por ejemplo, el de conciliar en Cristo impecable, el mérito con la obediencia.

Sólo falta advertir que esto lo consigue sin deformar a su sabor las verdades reveladas, sino al contrario, haciéndose eco fiel de la Tradición, que habla por su boca, limitándose él "a escuchar y describir en síntesis más completa y acabada, la admirable economía del dogma revelado, su economía interior, la que le pertenece como cosa propia y que en cierto modo está insinuada en su revelación misma" (13). Dotado de finísimo sentido teológico y de cotiguos escolásticos, sus páginas son un mosaico de textos de los Padres y doctores: "Si te parece que he encadenado demasiadas de sus sentencias, sábetelo que fácilmente me perdonará cualquiera que piense que el oficio del teólogo no es lucir sus inventos sino referir sinceramente las cosas que aprendiera de los Padres y doctores, puliéndolos y ordenándolos, si es necesario y, aún, si lo exigiere la verdad distinguiéndolos" (p. VII). Agreguemos la amplia cabida que concede en sus argumentaciones a los textos litúrgicos y demás manifestaciones de la piedad cristiana: no recordamos haber jamás visto aplicar con tal amplitud el principio de que, en la Iglesia, la ley que rige las manifestaciones de su piedad, es al mismo tiempo regla segura para guiar su fe. *Lex orandi, lex credendi*" (14).

La obra está dividida en tres libros: el primero trata del Sacrificio de Cristo; el segundo, de la Sta. Misa, Sacrificio de la Iglesia; y el tercero del Sacramento Eucarístico; orden que "perspectus erit cuilibet consideranti, quae sit habitudo ad sacrificium in manducatione hostiae, quae in nostra missa ad illud quod Christus prius peregit in coena quam diceret: *Hoc facite*" (p. VIII). Distinguidos netamente los dos elementos intrínsecos del sacrificio (la inmolación de la víctima y el acto

propriadamente sacerdotal, la oblación — materia y forma — anterior el uno o el otro, o simultáneos): coloca en la Última Cena la oblación sacerdotal hecho por Cristo, de la inmolación cruenta que se verificaría en la Cruz, el día siguiente: ambos elementos integran el único sacrificio redentor de Jesús, que "una ablatione consummavit in sempiternum santificatos" (Hebr. 10, 14), "de tal modo que el sacrificio de la Cena y el sacrificio de la Cruz no forman juntos sino un solo y mismo sacrificio más o meno, podría decirse, como el sacramento de la sangre del Señor, bajo las especies de vino y el sacramento del cuerpo del Señor, bajo las especies de pan, no forman sino un solo y mismo sacramento de la Eucaristía, un solo signo completo de la víctima de nuestra salud; aunque nada nos impide decir y todo nos obliga a ello (...) que en ningún lado hay un sacramento incompleto, sino en ambos, sacramento completo, gracias al orden esencial de una especie a la otra, como asociadas una y otra en la significación adecuada de una misma Víctima en estado de muerte; y sin embargo, se equivocaría quien dijera que, por eso, hay dos sacramentos o dos Eucaristías. La Eucaristía es una y no forma sino un sacramento (...) y hay) bajo cada especie verdadera unidad numérica, aunque recubierta de apariencia de multiplicidad por la pluralidad de las partículas consagradas. Así, en la debida proporción (porque toda comparación falla por algún lado), hubo unidad formal y unidad numérica en el sacrificio de Nuestro Señor, no obstante el revestimiento de dos ritos muy diversos, el sacramental y el sangriento; sin que de esta unidad pueda deducirse que el sacrificio efectuado bajo las especies eucarísticas haya sido un sacrificio incompleto, como tampoco el sacrificio celebrado en la sangre del Calvario: éste ha sido precisamente porque el uno es completo gracias al otro, el sacrificio de la Cena y el sacrificio de la Cruz no forman sino un solo y mismo sacrificio integral, el Sacrificio de la Redención, compuesto de dos partes esenciales, Cena y Cruz" (15), oblación e inmola-

(13) HANSSSENS, I. c., p. 307.

(14) HANSSSENS, I. c., p. 308.

ción, forma y materia de su esencia de signo completo.

El sacrificio del Señor recibió su complemento extrínseco, por la aceptación divina, manifestada en la resurrección y la ascensión de la Víctima inmolada en el Calvario, que la llevaron junto a Dios y la eternizaron en estado de tal, puesto que su gloria no tendrá fin: Cristo persevera como víctima y por tanto está demás el problema de cómo en la Misa le confiere la calidad de tal: pero si ya la tiene! Lo único que hacemos en la Misa — lo que Cristo hizo en la Cena, *Hoc facite* — es ofrecer, mediante la representación sacramental de la muerte, la Víctima eterna inmolada en el Calvario una vez para siempre, incorporado nuestro acto oblativo al de Cristo, efectuado personalmente por El una sola vez. Sin repetirlo El en nuestras Misas — sería imposible, además de hacer a éstas coordinadas y no esencialmente subordinadas al Sacrificio Redentor — influye “como causa universal de cada una de nuestras oblaciones particulares y subordinadas que lo prolongan en el tiempo y el espacio a la universalidad de la Iglesia. Esta, indisolublemente ligada a Cristo, ha recibido el privilegio de ser agregada a su sacerdocio; y es necesario que todo este cuerpo sacerdotal del Salvador entre en plena participación del acto mediante el cual Cristo pagó el rescate del mundo” (16).

Por el hecho de que en la Misa Cristo no efectúa un nuevo acto personal de oblación, tenemos aclarado otro punto: “algunos han hablado de valor infinito de cada Misa (...) valor infinito en sí, pero de hecho limitado arbitrariamente por Dios en cuanto al rendimiento efectivo, según tarifa uniforme e invariable. Esta concepción tiene un doble inconveniente. Por una parte, es inadmisibles ver intervenir a Dios, no para acrecentar nuestros bienes, sino para disminuir nuestro provecho (...) Por otra parte, la idea misma de un valor infinito procede de la ilusión, re-

lativamente moderna, de que el sacrificio de nuestros altares sea obra inmediata, personal de Cristo, que repita El mismo el acto oblativo de Misa en Misa y de altar en altar. Pero si, según la doctrina de quince siglos, la Misa es acto de la Iglesia, sola que interpone una nueva oblación, aunque subordinada a la única oblación de Cristo, Sacerdote Principal, de la cual saca todo su poder (...) entonces se seguirá que, si la cosa ofrecida es bien de infinito precio, la oblación activa que de ella se hace está limitada intrínsecamente por la santidad más o menos grande del agente de que procede y particularmente de la Iglesia universal, cuya asntidad es indefectible, pero variable. (Como, según Sto. Tomás), se toma en cuenta el sentimiento de quien ofrece más que el precio de lo ofrecido; el valor de nuestro acto, aún recibiendo de la Hostia a que se refiere, un aumento incomparable de valor, o mejor dicho, un coeficiente incalculable, será siempre función de una cantidad infinita, la santidad del oferente” (17) y por tanto será intrínsecamente limitado y finito.

Por fin el segundo complemento extrínseco del sacrificio, la participación de la Víctima que Dios concede al oferente, o sea la Comunión, oparece con todo el relieve que tiene en el capítulo sexto de S. Juan entendido en toda su fuerza de expresión: “Nisi manducaveritis. . .” necesidad de medio de comer saltem in voto la carne sagrada de la Víctima, para unirse a Cristo Dios-Hombre y participar de su influjo vivificante; y no individualmente, sino todos unidos en un solo Cuerpo total de Cristo: “quoniam unus panis, unum corpus multi sumus, omnes qui de uno pane participamus” (1 Cor. 10, 17).

Baste este mal trazado esbozo de las grandes líneas, porque no es posible citar siquiera los puntos principales tratados en la magna obra, por lo general, de un modo definitivo; hasta quizá hubiera sido mejor haberlo callado todo, porque estos resúmenes de lo que el Padre enseña suscitan con frecuencia objeciones con apariencias de solidez: en

(15) M. DE LA TAILLE A propos d'un livre sur la Céne, “Gregorianum”, 11 (1930) 195-196.

(16) M. DE LA TAILLE Esquisse... pp. 19-20.

(17) M. DE LA TAILLE Esquisse pp. 2-23.

parte es debido a la incapacidad del que los hizo para reflejar una concepción genial que el mismo Padre declara imposible de comprender cabalmente para quien no se haya compenetrado de cada una de las partes; pero a esto se une la imposibilidad intrínseca de sostener una concepción tan grandiosa, por sí sola, prescindiendo de las demostraciones que reflejar una concepción genial que el mismo Padre declara imposible de comprender cabalmente para quien no se haya compenetrado de cada una de las partes; pero a esto se une la imposibilidad intrínseca de sostener una concepción tan grandiosa, por sí sola, prescindiendo de las demostraciones que aseguran cada afirmación; el mismo de la Taille dice en el prólogo de su *Esquisse* que "un resumen tan breve no puede defenderse por sí mismo: necesita apoyarse en algo más macizo y sólido. Por eso al que tuviera alguna objeción contra tal o cual de las concepciones propuestas, conviene recordarle que la solución debe buscarse en otra parte y que ninguna discusión podría ser fructuosa sin este recurso previo a las fuentes y pruebas" (p. VIII) que están en el *Mysterium Fidei*. Hay que ir a este libro; cosa, por lo demás, inútil de decir, puesto que el *Mysterium Fidei* es de las obras que no puede dejar de leer y releer todo el que tenga siquiera un poco de interés por los asuntos teológicos, aun en el caso de que no se dedique al tratado de Eucaristía.

Tampoco es libro para sólo los teólogos. "Tanto como la Teología Dogmática, la Liturgia (la moral y la espiritual) se encuentran interesadas por su publicación: naturaleza del sacrificio y por tanto de todo acto

cultural y litúrgico, parte de Cristo, de la Iglesia, de los ministros, de los asistentes, de los donantes de ofrendas (=estipendios (!) en la realización de estos actos, papel litúrgico de cada uno de ellos, verdadero significado del altar (símbolo del Cuerpo de Cristo, único verdadero altar), importancia del ofertorio o de la comunión en la economía del sacrificio eucarístico, problema de la epiclesis, eficacia y significación propia de cada oración del canon: todas, cuestiones que la ciencia litúrgica tiene que ponerse y que hallan en *Mysterium Fidei* solución verdaderamente teológica, neta, franca, bien probada, a veces definitiva y perentoria. Esto reemplaza felizmente a cierta teología (?) borrosa y falsamente mística con que a veces están condimentados los tratados de liturgia" (18).

He procurado — sin lograrlo, por cierto — dar una pálida impresión de lo que fué la actividad de este grande hombre, enteramente consagrado a dar a Dios la mayor gloria, la "clara cum laude notitia" de sus insondables perfecciones y de las portentosas obras de su Misericordia. El 22 de octubre de este año, en el Hospital "Bon-Secours" de París, agotado su organismo desde hace años por la tensión del pensamiento, moría el P. de la Taille dejando su tarea inconclusa, según el modo de ver humano, pero totalmente perfecta a los ojos de Dios; El, único que puede apreciar justamente a su siervo, y cuya Misericordia sobrepasa la justicia, ya lo habrá premiado sobreabundantemente, dándosele entero en la Visión.

(18) HANSSSENS, l. c., p. 311-312.

Jacques Maritain.

Del pensamiento católico y de su misión

La tarea intelectual del católico es una tarea difícil, tan difícil como importante. Hombre, existe en el tiempo y está sometido a todas las vicisitudes del "devenir". Miembro del Cuerpo Místico de Cristo está unido a la eternidad, su vida la más terrestre arraiga allí donde no se encuentra ni mutabilidad, ni sombra de vicisitud; su inteligencia está en la verdad primera y la fidelidad a ésta es el fundamento de todo el edificio de la Gracia en él, y el primer beneficio que toda criatura espera de él. Esta especie de mediación entre el tiempo y lo eterno, es a la vez, para la inteligencia cristiana, una cruz dolorosa y una especie de misión redentora.

Debe pensar, a cada instante, a la luz de la eternidad, el mundo que pasa y varía.

Nuestro problema hoy, es pensar así el mundo moderno, no solamente pensar lo eterno fuera del mundo, que es el primer precepto del pensamiento contemplativo; sino también por un segundo precepto semejante al primero, pensar el mundo y el momento presente en lo eterno y por medio de lo eterno. Y este problema es tanto más urgente cuando vemos caer y deshacerse a nuestro alrededor en gran número las formas temporales dentro de las cuales durante siglos, el mundo había recibido más o menos bien, más o menos mal, la impresión de las verdades eternas: lo que es sin duda un grave daño porque el hombre está así privado de una multitud de apoyos que lo ayudaban a mantener la vida del espíritu; y es también en cierto modo una ventaja que no sabíamos medir, porque lo mismo, esta vida — la vida misma de la Iglesia de Cristo — se encuentra liberada de la terrible pesantez humana de la cual tantos abusos y prevaricaciones gravaban al viejo mundo en otros tiempos cristianos. Un mundo nuevo surge de la oscura crisálida de la historia, con nuevas formas temporales; tal vez será al final menos habitable que el otro; pero es seguro que cierto bien y cierta verdad son inmanentes a estas formas nuevas y que ellas manifiestan en cierta manera la voluntad de Dios que no está ausente de nada de lo que existe. De la misma manera ellas pueden servir aquí en la tierra los intereses eternos. Se trata de comprender este estado del mundo y de ajustar en consecuencia nuestros amores, nuestros odios y nuestra acción.

* * *

Aquí hemos de evitar un doble peligro y un doble error. Podríamos vernos tentados a abandonar, sino de derecho, al menos de hecho, a perder de vista casi completamente lo eterno en beneficio del tiempo y dejarnos así arrastrar por el flujo del "devenir" en lugar de dominarlo por el espíritu; a hablar con verdad, los que así proceden, soportan el mundo más bien que lo piensan; están movidos por el mundo y no lo mueven sino como instrumentos de las mismas fuerzas del mundo; se deslizan como hojas livianas o como pesados troncos que flotarán en el agua por el curso de la historia. Muchas veces gene-

rosos y advertidos de las necesidades del momento, por las intuiciones del corazón, olvidan en su precipitada carrera hacia las realizaciones prácticas, las primeras condiciones de la misma eficacia práctica, que son de orden espiritual y suponen el coraje intelectual de despojar las apariencias para dedicarse a los principios y mantener a todo trance el pensamiento centrado en lo inmutable.

Con el pretexto de facilidad a lo eterno, el otro error completamente contrario, consiste en permanecer atado, no a lo eterno, sino a fragmentos del pasado, a momentos de la historia inmovilizados y como embalsamados por el recuerdo, y sobre los cuales nos acostamos para dormir; los que así proceden no desprecian el mundo como los santos, lo desprecian como ignorante y como presuntuosos; no lo piensan, lo rechazan; comprometen las verdades divinas con formas moribundas; y si sucede que tengan, mejor que los primeros, la inteligencia de los principios que no cambian y la visión penetrante de los errores, de las desviaciones y de las deficiencias del momento presente, esta ciencia permanece estéril, incompleta y "negativista", porque cierta estrechez de corazón les impide "saber la obra de los hombres" y hacer justicia a la obra de Dios en el tiempo y en la historia.

El primer error es como un desconocimiento del Verbo por el cual todo es formado y por la Cruz del cual el mundo es vencido; haría aparecer al pensamiento cristiano impotente y versátil ante el mundo. La segunda es como un desconocimiento del Espíritu que flota sobre las aguas y que renueva la faz de la tierra; haría aparecer el pensamiento católico ingrato y hostil ante el mundo.

Es difícil precaverse perfectamente de uno u otro de estos errores, no desviarse más o menos de este lado o del otro. Porque no se trata de una dosificación ecléctica, ni de un equilibrio en el que dos pesos se compensan; el justo medio, en este terreno, como es el caso generalmente en el terreno de las virtudes, no se consigue sino por eminencia, elevándose muy alto por sobre los excesos contrarios. El hombre no lo logra sino con gran dificultad. La Iglesia, sin embargo, prosigue divinamente su camino en medio de los pensamientos demasiado humanos y de los errores opuestos de algunos de sus hijos; en ella se realiza con perfección plena la justa medida de la virtud y la superior unidad de extremos diversos, particularmente la fidelidad absoluta a las cosas eternas y la atención diligente a las cosas del tiempo. Por difícil que sea para cada uno de nosotros esta concordancia eminente, sin embargo debemos tratar de alcanzarla y tal es en nuestros días, por las razones ya enunciadas, una tarea sin duda urgente. Si no para la Iglesia que tiene las promesas de la vida eterna, al menos para el mundo y para la cultura, toda demora en ejecutarla puede traer catástrofe irreparables. Para guiarnos en estos trabajos tenemos las enseñanzas de los Papas y la sabiduría del Doctor común de la Iglesia.

Recobrando su espíritu de conquista y entregándose con intrepidez a nuevos problemas y a nuevas posiciones, la doctrina de Santo Tomás nos ayudará a superar una antinomia parente que se presenta hoy en lo que a él se refiere. Por una parte comprendemos que la Iglesia, al recomendar esta doctrina con insistencia, tiene ante todo la intención de recomendar su Doctor común, en calidad propiamente de Doctor común, más bien que renovar las disputas en que se oponen escuela con escuela. Por otra parte comprendemos también que el

en el cual encontraríamos simplemente aquello en que todos los demás compensamiento del Doctor angélico es tan superior y tan fuertemente ligado que no puede sufrir la menor disminución en sus determinantes específicas sin perder su eficacia para penetrar lo real. El Doctor común, no es el Doctor trivial en el cual encontraríamos simplemente aquello en que todos los demás concuerdan; nos enseña a asumir en los principios de una unidad superior todo lo que los demás han dicho de cierto, no sin tener a menudo una gracia particular para avalorar tal o cual aspecto de las cosas.

¿Qué decimos? Las disputas de escuelas durarán siempre; pero trasladémosnos, vayamos adelante, abordemos nuevas dificultades, abordémoslas por aquellos aspectos en que lo real resalta más duramente, y es entonces cuando comprenderemos mejor la necesidad — bajo pena de sepultarnos en una mediocridad imponente — de mantener en todo su rigor los principios del más grande compilador de verdades que haya conocido el mundo y tendremos también la suerte de ver reunirse espontáneamente a la luz de su doctrina purísima, espíritus que acuden de los cuatro puntos del horizonte.

Que nadie se equivoque; son los problemas más arduos y más graves y que más de cerca hieren el corazón y la carne de la humanidad, los que se agolpan ahora ante la inteligencia cristiana, como si por mucho tiempo se las hubiese reservado para un asalto general; son filosofía, investigaciones de ciencia o de arte, formas de pensamiento y de cultura de una técnica poco común y de una valiosa cualidad humana, las que esta inteligencia debe afrontar, reducir o asimilar. No dará remate a su tarea si no se arma ella misma con la más acabada prudencia, con la ciencia más exigente, con el material intelectual más perfecto y más seguro, con la doctrina y métodos más rigurosos y más comprensivos. Con tal material, podrá cumplir su misión que, como lo indicaba hace un momento, por lo mismo que es una misión cristiana, es en cierta manera una misión crucificadora. "Quis scandalizatur, et ego non uror? El pensamiento católico debe ser elevado con Jesús entre el cielo y la tierra y se le pide que viviendo la paradoja dolorosa de una fidelidad absoluta a lo eterno unida a la más diligente comprensión de las angustias del tiempo, trabaje por reconciliar el mundo con la verdad.